España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 21 de Octubre de 1944 | Núm. 38

EJEMPLO DE AMERICA

EL CAMINO DE LA LIBERTAD

Ante el conjunto de los Diputados y Senadores de Cuba, reunido en sesión solemne, don Diego Martínez Barrio, en su doble calidad de presidente de las Cortes republicanas y de la Junta Española de Liberación, ha reivindicado los derechos de la República y ha pedido el apoyo de los pueblos de América para restaurarla. No incurrimos en hipérbole subrayando la importancia capital del acto celebrado el lunes en La Habana y la trascendencia de los que, sin carácter oficial, han dado relieve inusitado a la presencia en Cuba de los hombres que representan a la Junta Española de Liberación. Destacan por sí solas y dicen elocuentemente, sin necesidad de rebuscamientos dialécticos, cuál es el ambiente que se está formando —o se ha formado ya— respecto al problema de España. Sencillamente, América restablece el sentido de la justicia internacional y vuelve por los títulos que la proclaman como el Continente de la Democracia. Es menester decirlo claramente: actitudes como la de Cuba no son favores que se le otorguen gratuitamente a la causa de la República española, sino reconocimiento de una deuda que América nos debe. Nos la debe también Europa, y habrá de pagarla a su tiempo, ya inmediato, si quiere hacer honor a su tradición cultural y civilizada. Pero América tiene con España —la España liberal, se sobrentiende, que es la verdadera— un parentesco espiritual e histórico que la obliga de manera especial. Nunca hemos podido comprender el extraño contrasentido que llevó a los pueblos americanos a transigir con el régimen franquista. Inútilmente se buscará el menor signo de afinidad con él, a no ser que vengamos a conceder como exponente legítimo de la sensibilidad política americana alguna de las bestiales dictaduras que privan todavía en Centroamérica. Pero ni eso es América ni aquello es España. Y el mayor agravio que se nos puede hacer a los españoles de ley es el de aceptar que un régimen como el de Franco representa, ni siquiera transitoriamente, la voluntad y el destino de España.

Era forzoso que América saliera pronto de su espejismo, fabricado con tópicos de resonancias huecas. Y está saliendo. No era necesario que los republicanos arrojados al destierro hiciéramos nada para romper el maleficio. El régimen franquista, engendro virulento del fascismo italiano y del nazismo alemán, nos da hecha la tarea con presentarse tal como es. Si pudo ser disculpable —a nuestro juicio no— el engaño en los días de la pelea que ensangrentó el suelo español, merced a una propaganda vil que se hizo contra la República, ahora no cabe que nadie se atrinchere en el error. Se conoce de modo exacto el proceso de la traición y se sabe concretamente qué es lo que el franquismo ha significado hasta hoy y lo que significaría mañana si se le consintiera —para bochorno de las democracias— pervivir. Con el crimen no se transige. Se le castiga, simplemente, o se incurre en complicidad deshonrosa con él.

Casi al mismo tiempo que los diputados y senadores de Cuba rendían homenaje entusiasta a la República española, simbolizada en la Junta Española de Liberación, un despacho transmitido desde Madrid, que no ha sido divulgado, y recogido por el "New York Times", anunciaba gozosamente que las Fuerzas expedicionarios de protección —las de moros y mercenarios del Tercio enviadas por Franco a la frontera de Francia— habían capturado a 200 republicanos que cruzaron la línea divisoria. Todos ellos —puntualiza el despacho— han sido fusilados. Acaso la noticia sea falsa. Puede, sin embargo, ser verdadera. Y, desde luego, se acomoda perfectamente a los métodos del franquismo y a la psicología falangista. Conviene mucho insistir en esto: ni Hitler, en Alemania, ni Mussolini, en Italia, llevaron la matanza a términos remotamente comparables con los de España bajo el régimen cristiano —según dicen los obispos católicos— instaurado por Franco. Ni antes, en ninguna parte, hubo nada comparable, ni lo habrá, seguramente, después. Se habla ahora de los criminales de la guerra presente y del castigo a que se han hecho acreedores. Y la guerra española, que fué su antesala ¿no cuenta? Ningún criminal hay tan notorio como Franco. Nadie ha cavado más tumbas, ha sembrado más duelos ni ha producido tragedias más profundas. Nadie ha sido tan vil, tan miserable y tan cobarde a la vez. Días atrás, en México, en La Habana y en París, se recordaba emocionadamente la efemérides infamante del sacrificio de Luis Companys, con cuyo asesinato se quiso no sólo suprimir al hombre, encarnación de una vida heroica, sino ofender en lo más íntimo el alma de Cataluña. El franquismo no hace Historia: la deshace. No levanta a España: la humilla. No la pacifica: la encrespa de odios. Y es una ofensa permanente a todos los dictados de la moral humana y a todos los principios que la civilización ha consagrado al paso de los siglos. América, nacida a vida independiente como consecuencia de un proceso liberal en el que tuvieron papel de primeros actores los propios españoles que en España luchaban por la Democracia, cumple su deber repudiándolo. Europa, que todavía representa la flor de la cultura, es incompatible con él. Es un tumor contagioso que rechaza airadamente toda conciencia limpia. La voz de los parlamentarios cubanos señala el camino espiritual de América. El único mediante el cual América podrá seguir llamándose el Continente de la libertad.

La Junta Española de Liberación en Cuba

Una sesión solemne del Senado y gran fiesta en honor de la Junta

Reproducimos de "Excelsior" la siguiente crónica que refleja animadamente el ambiente de entusiasmo con que la Junta Española de Liberación ha sido acogida en Cuba.

LA HABANA, octubre 17.—Un acto social y un acto político, los dos de gran significación, en honor de los republicanos españoles venidos de México a la toma de posesión del Presidente Grau, son —a pesar del gran tema que supone la amenaza del ciclón— la actualidad periodística. Han ocurrido a distancia de muy pocas horas uno de otro. Fué el primero la gran fiesta dada anoche por el senador Eduardo Chibás en su mansión del Vedado, fiesta a la que concurrió toda La Habana social, y acaba de celebrarse el segundo: la sesión solemne en el Senado para recibir a la Junta Española de Liberación y a los ex congresistas españoles que se encuentran en Cuba.

Para nosotros, con ser tan trascendente el acto de hoy, tiene mayor interés el que terminó esta madrugada. Incorporar a toda la sociedad habanera en adhesión y agasajo a los republicanos; cobijar en uno de los salones más exclusivos de Cuba, bajo las banderas de las dos repúblicas, la cubana y la española, que pendían iluminadas sobre la gran terraza, al gran mundo habanero, es ganar una batalla diplomática decisiva... En este sentido el senador Chibás se ha anotado un triunfo sin precedentes. Ni cuando la república española estaba en sus venturosos primeros dos años, reconocida por todo el mundo, la embajada de España en Cuba logró reunir en sus fiestas y recepciones una concurrencia como la que anoche, por centenares de personas, acudió a la fiesta en honor de los republicanos exilados. Tal es el testimonio de los cronistas sociales que hoy llenan planas enteras con nombres y fotografías. ¿Nombres? Ya lo hemos dicho: toda la sociedad habanera, desde la familia del Presidente de la República, todos los ministros de su Gobierno, damas de la alta sociedad diplomáticos, artistas...

Quien conozca La Habana sabe qué brillantez tienen aquí las fiestas sociales; hay en esto una tradición cuidadosamente guardada: la mujer cubana es sociable por excelencia y une a su belleza proverbial, famosa en el mundo, una delicadeza, una feminidad exquisita. Docenas, centenares de estas mujeres, admirablemente ataviadas con sus trajes de noche, daban un aspecto deslumbrante a salones, terrazas y jardines, al son de las orquestas, mientras las mesas del "buffet" resplandecían, pregonando la esplendidez del anfitrión. Pero más que el baile y la cena, interesaba anoche lo insólito del caso: toda una sociedad culta, fina, incluso aristocrática, saludando a unos hombres a los que se pintó como ogros por la propaganda fascista. El noble porte de Martínez Barrio, el aire prócer de Albornoz, la simpatía humana de Indalecio Prieto, suscitaban renovados corrillos de charla, presentaciones cordiales, votos y ofrecimientos sinceros... mientras los noticieros cinematográficos hacían su agosto. Era la primera gran fiesta social, al margen del protocolo, con que la sociedad habanera inaugura la etapa presidencial Grau San Martín. Una fiesta que hará época.

En el acto de esta tarde en el Senado, ha habido dos discursos. Uno del senador Agustín Cruz, a nombre de la Cámara; otro de don Diego Martínez Barrio, dando las gracias. Al pleno de senadores correspondía el pleno de tribunas, que esta vez, en atención a las circunstancias, pudieron manifestarse con ovación y aprobaciones, según la sesión transcurría. Emotivo, vibrante, el discurso del senador Cruz: "Hemos sentido el eclipse de la república española como un dolor propio... Estamos con la voluntad apercibida y el deseo firme esperando de nuevo el triunfo de la república que el consorcio nazifascista robó a la democracia europea". Todo su discurso estuvo inspirado en una fusión espiritual entre el pueblo español y los pueblos americanos. "Los cubanos hacemos votos fervientes por que en un futuro inmediato todos los españoles puedan convivir en su propia patria, en un clima de libertad, de democracia y justicia social, al amparo de la gloriosa bandera republicana."

Don Diego Martínez Barrio hizo un discurso de forma impecable y de ese impresionante sentido de responsabilidad que le hace hablar en el destierro como si estuviera en el sillón de presidente de las Cortes. Unidad internacional frente a la agresión; legalidad vigente de la República española; evidencia de que la república continúa siendo en España el ideal nacional; derecho del pueblo español a ocupar un puesto "en la empresa de conservar para los hombres el bien supremo de la libertad". Tales los puntos de su discurso. El acento de la emoción velaba su voz al hablar de los amigos americanos en la hora de la adversidad, y su palabra concretaba así estos afectos: "Si México ha sido hogar, y buen hogar, para nosotros, sea ahora Cuba cabeza en el empeño de ayudar al recobro de la patria doliente."

Dos grandes actos. Distintos los dos, de muy distinto carácter, pero, a nuestro juicio, de una trascendencia semejante. Lo cierto es que, en lo oficial y en lo popular Cuba había recibido a los republicanos con los brazos abiertos: faltaba esa zona intermedia entre lo oficial y lo popular; toda la sociedad habanera acaba de dar la bienvenida, en una salutación que parece un augurio, a los republicanos españoles venidos de México.

Notas de Prensa

DE LA FRANCIA LIBRE

La lectura de las diversas publicaciones francesas que por azar llegan en estos momentos a nuestras manos ofrecen un interés apasionante a quienes, como nosotros, han seguido viviendo en pensamiento y en espíritu, la angustiosa existencia de aquel gran país durante la dominación teutónica. Hemos convivido con los franceses hasta pocos días antes de la invasión del Norte de Africa el más dramático período de su heroico destino y los republicanos españoles sentimos como propios sus glorias y su infortunios. Al producirse su gran *débacle* que vino a hacer posibles las ambiciones de tantos políticos *ratés*, el más insigne de todos un "sujeto llamado Felipe Petain", según reza en la requisitoria que formula contra él por el delito de alta traición el Procurador General, vimos con dolor a aquel gran pueblo sumirse en la más sombría desesperación. Pero vimos también cuan rápidamente fué recobrando ese buen sentido de las realidades, sentimiento tan peculiar a su carácter razonador, y renacer y fortalecerse la gran fe que siempre ha mostrado Francia en los más graves trances de su vida nacional. Los republicanos españoles que vivíamos acogidos a su generosa hospitalidad quedamos anonadados ante la inmensidad de la catástrofe. Pero ello fué creando, pues no hay mal que por bien no venga, una mejor comprensión entre franceses y españoles, ya que la situación moral y política de la mayoría de los primeros vino a ser dentro de su propia patria semejante a la de los segundos y a la de todos los exiliados políticos de múltiples nacionalidades que residían en suelo francés. No obstante el régimen de persecución policíaca establecido inmediatamente por Petain, nuestras relaciones con los franceses libres fué extendiéndose e intensificándose, fundiéndose nuestros sentimientos en un común anhelo de ver liberados nuestros países del yugo nazifascista.

Franco es sólo un miserable instrumento de esta política.

¡Cuántas veces, en momentos de intensa zozobra, no venían a nosotros, republicanos españoles, buenos amigos franceses a confiarnos sus febriles inquietudes, como si esperaran de nuestras palabras fraternales y de nuestra experiencia dolorosa, consejos consoladores! Nuestras inquietudes, nuestros ideales eran ya idénticos. ¡Qué diferencia con otros tiempos! Y la común desgracia, que las mismas causas habían producido, cimentó una fuerte confianza entre franceses y españoles exiliados en la lucha que en adelante habíamos de sostener. Al recelo que despertara en muchos franceses nuestra llegada a su país sucedía una alentadora comprensión, inspirada en la más cordial simpatía. No puede así sorprender la hermandad de armas existente en las fuerzas de los "maquis", que se aprestaron a engrosar los republicanos españoles, combatientes avezados y los primeros de esta guerra, los cuales han contribuído tan eficazmente a la liberación del suelo francés de sus inveterados enemigos. Como tampoco puede extrañar a nadie la lealtad con que se está conduciendo el movimiento de resistencia francés con éstos compañeros de armas ante la evidente presión exterior. Nunca Francia ha traicionado a sus verdaderos amigos.

En estos días desfilan por las columnas de las hojas francesas los nombres más justamente odiados de los españoles y no hay que decir de sus compatriotas. Todos van saliendo a la picota y tal vez pronto los veamos *au poteau*. Y junto a los infames traidores a su patria, vemos con el espíritu desgarrado por el dolor, los de los amigos a quienes la barbarie nos ha arrebatado con horrible sevicia.

Entre estos últimos, mártires de la democracia universal, el gran Georges Mandel, cuya muerte describe la prensa parisiense del día 16 del pasado septiembre. Fué asesinado por la policía de Vichy. El asesinato tuvo lugar cuando el gran francés era trasladado de la prisión de la Santé a una casa convertida en prisión de Fontainebleau. El pueblo pudo hacer fulminantemente su justicia y el policía principal asesino ha sido ya ejecutado y detenidos tres de sus cómplices. El cadáver de Mandel fué mutilado por los alemanes. Mandel era un gran amigo de los españoles republicanos.

También nos subleva el asesinato, perpetrado en parecida forma al de Mandel, de Jean Zay, el joven ministro de Educación Nacional del gabinete de León Blum, llevado a efecto por la milicia de Petain. Del de Benjamín Cremieux, conocido crítico literario y secretario general del Pen Club francés, que tantos amigos contaba en el extranjero. Y la de tantos otros ilustres franceses, tantos. Todos asesinados en los momentos en que empezaba a fulgurar la aurora de la libertad de su patria encadenada.

Entre los primeros, abominables personajes, notamos al famoso usufructuario del Quai d'Orsay, Bonnet. Al siniestro Angel Chiappe, último prefecto del Gard, de la banda del "Gringoire", incansable perseguidor de los españoles: en Rochebelle, cerca de Le Vigan, existía un campamento de trabajadores españoles, al frente de cuyo grupo estaba un capitán que luchó en la brigada llamada "Jeanne d'Arc" contra el pueblo español, el cual, secundando las órdenes del prefecto Chiappe infligió a aquellos desventurados españoles los más atroces suplicios. Una de sus víctimas fué el bondadoso, el virtuoso ciudadano don Juan Arroquia, último director general de Correos de la República, quien a pesar de vivir en casa de una de las más nobles familias de Rochebelle no pudo escapar a la persecución de aquellos bandidos y tuvo su vida, —¿vivirá nuestro querido Arroquia?— en peligro. Está detenido también el profesor de la Soborna, Joseph Barthelemy, ministro de justicia de Petain. Fué uno de los mayores enemigos de la República española y estuvo al servicio de la propaganda franquista durante nuestra guerra. No obstante ello, hay que reconocer que siendo ministro de justicia de Vichy se negó a conceder la extradición solicitada por Franco del diputado don Eduardo Ragasol.

¿Salvará a Petain su aureola de héroe de Verdún? Conociendo el culto sentimentalista que los franceses profesan a sus glorias nacionales, y la reacción francesa había exaltado su personalidad a exagerada altura de excelsitud, mucha gente se hacía tal pregunta. Quienes tienen la mayor autoridad para emitir juicio a tal respecto ya lo han hecho, según las noticias que leemos en la prensa francesa, y son nada menos que los miembros de la organización titulada los "Veterans de Verdun", a la que pertenecerá a buen seguro el ilustre Profesor Paul Rivet, quien acaba de dejar México, uno de los veteranos de aquella acción gloriosa.

Los "Veterans de Verdun" han declarado al mariscal Petain "traitre a la patrie". Petain no podrá ya ser inhumado en la cripta que le había sido reservada en la Capilla de Douamont. Y dice la noticia: el lugar que él hubiera debido ocupar servirá de triste evocación de "un héroe dechu".

Ya los españoles vivirán sin la pesadilla de la documentación y los permisos de residencia. Leemos que esta cuestión preocupa a las autoridades y la petición que han hecho al Gobierno provisional va a ser atendida. Los republicanos españoles consideraban antes como una gran felicidad obtener las necesarias "pieces d'identité" con su correspondiente "permi de sejour". ¡Cuánto había que sufrir hasta conseguirlas! Esa dificultad va a desaparecer. Pero es que más de media Francia está falsamente documentada, por haberse visto obligada a cambiar de nombre para poder actuar en el movimiento de resistencia y hay que volver a la legalidad el patronímico. Y así, en Lyon, se va a crear una oficina especial en donde toda persona que presente dos testigos y aporte la garantía de una organización de resistencia obtendrá auténtico documento de identidad en cambio del falso del "underground".

Conocemos la composición del nuevo Gobierno provisional de la República francesa. Hay en él buenos amigos de los republicanos españoles. Pero pongamos de relieve una de sus más eminentes figuras: la del hoy Presidente de Honor del Consejo Nacional de la Resistencia, M. Georges Bidault y especialmente Ministro de Asuntos exteriores de Francia. Georges Bidault, perteneciente al grupo político Demócratas Cristianos, fué Director del prestigioso periódico "L'Aube", en el que trabajó asiduamente un eminente refugiado político republicano, don Alfredo Mendizábal. Su director y el periódico nos hicieron siempre justicia. "L'Aube" reaparece en el alba gloriosa de su gran patria, santificando así su nombre otrora evocador de esta Francia inmortal, de la que nuestro gran amigo Bidault será ahora uno de sus mejores constructores.

Y seguiríamos glosando lo que leemos en la prensa francesa libre, pero por hoy puede resultar excesivo.

EDUARDO FRAPOLLI

"Refugiberos"

3 PINTORES 3

Consecutivas, y hasta simultáneas, se han celebrado —o se celebran— las exposiciones de tres pintores jóvenes, españoles exiliados en México: Climent, Souto y Luna; la primera en la Librería Bellas Artes, de la Avenida Juárez, y las otras en las Galerías Decoración, de Venustiano Carranza, 30.

Climent, Souto, Luna. Por este orden se inauguraron sus salas. Ellos son, seguramente, los tres pintores más destacados, más personales, más seguros, más preparados para renovar la pintura española relamida y decadente, de las primeras décadas del siglo.

Climent, Souto, Luna, después de la exhibición de obras son tres pintores de concepto de Picasso —orgullo indiscutible de España, pese a las discusiones movidas a su alrededor— emocional, profundo, sereno sin embargo: luminoso orgullo, también del exilio: esa patria hipotética, provisional, que es el exilio, pero a la que se ama con dolor, y en la que nos consuelan estos firmes valores, estos hermanos nuestros que destacan las llamas de sus antorchas.

¿Qué podría saber el llamado "generalísimo", de Climent, Souto y Luna? ¡Fuera "republicanotes"! ¡Fuera "rojos!"... Pero es el caso que, seguramente, los pintores más salientes de la generación actual española, los que han de borrar aquella pintura falsa, ligerita, muy adecuada para la cultura tambaleante de Alfonso XIII y sus aristócratas, —al llamado "caudillo", cromos de Matías López—; pues decimos que las personalidades más definidas, independientes, firmes, de nuestra juventud pictórica, están aquí; pueden ser esos tres "refugiberos". Y no están solos. —R.

El regreso de la Junta Española de Liberación

Cumplida con tan relevante éxito su misión en Cuba, los miembros de la Junta Española de Liberación regresarán a México durante el curso de la semana entrante en las fechas que indicamos:

Don Antonio M. Sbert lo hará el próximo día 22.

Los señores Albornoz y Prieto el día 25.

Don Diego Martínez Barrio lo hará el día 26.

De su labor en Cuba informaremos más ampliamente a nuestros lectores en números sucesivos.

Recordando a Madrid

LOS CUATRO GATOS

La Agrupación madrileñista "Los Cuatro Gatos", que ha conseguido revivir en sus actuaciones en México, costumbres y ambiente del casticismo de la ciudad del Manzanares, se apuntó en su simpático haber una brillante nota con el festival celebrado en el Teatro Arbeu, en homenaje al sainete madrileño y a su creador más representativo, Carlos Arniches.

El salón del Teatro de la zarzuela, estaba colmado de público español y mexicano, dispuesto a aplaudir la buena intención de los actores espontáneos —algunos de ellos exhibieron un consumado arte escénico—, así como a los artistas que gentilmente colaboraron en el acto. El ambiente era propicio también a subrayar con entusiasmo las "morcillas" deslizadas en la obra, alusivas al régimen franquista, entre ellas una de Antoniorrobles, el "Papá Porrón", quien introdujo en su menú el platillo de "picadillos del generalísimo" entre el general regocijo de los espectadores.

Fué el propio cuadro artístico de "Los cuatro gatos", cuya entidad dispone de cuadros para todos los gustos, toreros, cineastas, trapecistas, escritores, futbolistas, jugadores de "mus" etc. bajo la patriarcal dirección de su Presidente, Vicente Serrano, guardia de la porra de fama internacional, el que llevó a escena felizmente el sainete de Arniches y J. Abati, "Las lágrimas de la *Trini*". Esta obrita, de las más chispeantes en su género —fino y desgarrado a la vez— fué interpretada con "aproximadísimo" acierto por los actores de dicho elenco. Hacemos mención entre las "figuras" del reparto, de la Señorita Carmen Romero, que lució con muchos bríos en el papel de "La Trini", mujer que "entre lágrimas y risas" consigue recuperar al marido en ese minuto peligroso en que puede suceder lo peor; la señora Amparo Pérez, en la "señá Obdulia" hizo una suegra de rompe y rasga; Vicente Serrano, se convirtió en un guardia municipal de "órdago" con sable y todo, más metido en época que Romanones; Manuel Suárez, muy entonado en su papel de yerno mártir; con mucho "angel" la "Angelita" de la señorita Luz María; la señorita E. García, magnífica en su papel de criada "paleta" y Angel Buenafuente, formidable en el tipo de Feliciano Riera, el clásico amigo "gorrón" y juerguista, de una alegría contagiosa; de Antoniorrobles —el Papá Porrón— no se puede elogiar su honradez artística, porque nos dió una versión pirata de su papel; se lo inventó todo.

Los demás actores, señora Julia Hernández, Gonzalo Martín, Agustín García, Emilio Casasola, —a quien corresponde el éxito del conjunto, por ser el Director—, Barrios y señora J. Hernández, cumplieron su cometido satisfactoriamente. Como fin de fiesta actuaron la pequeña bailarina Mary Montoya, la tiple Loló Trillo, barítono Jesús Freire, recitador Marín de Castro, actor cómico Angel Garasa y la artista de la canción Pepita Llazer, acompañada del guitarrista Pepe Badajoz, interpretando todos ellos lo mejor de su repertorio y viéndose obligados a repetir sus actuaciones ante las entusiastas exigencias del público. Actuó de maestro de ceremonias el actor Antonio Bravo y de Director de Orquesta, Severo Muguerza, resultando, en suma, una amenísima velada.

J. B. C.

ANIVERSARIO DE UN CRIMEN FRANQUISTA

HOMENAJE A LUIS COMPANYS

Acto celebrado en el Centro Republicano Español el 15 de octubre de 1944

El domingo, 15, se cumplió el cuarto aniversario del fusilamiento de don Luis Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña, detenido en Francia, como se recordará, y entregado por los alemanes a Franco para ser sacrificado del modo más innoble. El Centro Republicano Español quiso conmemorar la fecha y, al efecto, organizó un acto de recuerdo en el que tomaron parte los señores José Andreu, Manuel Albar, Pedro Bosh Gimpera, Carlos Esplá y Félix Gordón Ordás.

El acto resultó magnífico en todos los órdenes. Los miembros efectivos de la Junta Española de Liberación enviaron desde la Habana el siguiente cablegrama de adhesión.

"Por la amistad que entrañablemente nos unió a Luis Companys; por la solidaridad política que con él teníamos y por el dolor y la indignación que nos produjo el crimen vil de su fusilamiento, asociámonos de corazón al homenaje que el Centro Republicano Español rinde al presidente mártir de Cataluña.

Diego Martínez Barrio, Antonio María Sbert, Alvaro de Albornoz, Indalecio Prieto."

El vicepresidente del Centro Republicano Español, don José Ramón Arias, pronunció las siguientes palabras:

"El Centro Republicano Español se honra organizando este homenaje en memoria de Luis Companys. No voy yo a descubrir quién fué Luis Companys, pues muchos de vosotros le conocísteis personalmente y todos por su gran labor política.

Este homenaje significa el respeto y el agradecimiento nuestro hacia Luis Companys, como ciudadano de España."

Inmediatamente concedió la palabra a don José Andreu.

A continuación ofrecemos a nuestros lectores el texto de los discursos.

JOSE ANDREU

Señoras y señores: Quiero que mis primeras palabras sean la expresión de gratitud para el Centro Republicano Español de los catalanes, correligionarios y amigos del gran mártir de Cataluña don Luis Companys por su iniciativa de organizar este acto en su memoria.

Yo quisiera que en estas horas en que parece llegado el fin de la guerra, se celebraran en el mundo entero, y especialmente en Londres y en Washington, como ayer en París, grandes actos en que esas democracias recordaran el aniversario de un hombre ilustre que, si es cierto que murió por su patria, murió también por los ideales de libertad y democracia que se dice defender por las Naciones Aliadas en esta guerra.

Celebrar este acto conmemorativo de la muerte de Companys es para nosotros remover cada año el poso de las tristezas que llevamos en el fondo del alma, tristezas que son aumentdas por la incomprensión constante del mundo entero por nuestros problemas.

Después de los crímenes cometidos por Franco, no sólo en la persona de Companys sino en las de millares y millares de catalanes, castellanos, vascos, etc., nos parece una triste ironía que aun se pregunte al "generalísimo" Franco, como recientemente se ha hecho, si él recibirá en España a los criminales de esta guerra. La lectura de esas noticias nos causa la misma impresión que nos produciría la de que, ganadas las elecciones presidenciales en Estados Unidos por Mr. Roosevelt, se acordara nombrar presidente de la Suprema Corte a Al Capone. ¿Cómo es posible que haya quien pregunte en serio al general Franco si está o no dispuesto a aceptar a los criminales de esta guerra cuando entre esos criminales es él quizá el primero? ¿Es que se puede olvidar, por ejemplo, el caso monstruoso de que un ex gobernante, como Luis Companys, que buscó asilo en Francia, que estaba asilado en un país xtranjero, fuera sacado violentamente de ese país para llevarlo a Madrid y después a su Barcelona querida, no para juzgarle con arreglo a derecho, sino para humillarle, para maltratarle, para herir en él todo lo que representa la dignidad de la persona y, como final de tan triste calvario, asesinarlo cobardemente?

Y eso a Companys que —casi todos vosotros le conocísteis—, si alguna cualidad tenía —algunas veces esa cualidad se convierte en defecto en los gobernantes— era precisamente la de su generosidad. Generosidad no sólo con los amigos sino incluso con sus enemigos. Companys —es hora de proclamarlo a toda voz—, en las horas difíciles de Barcelona, después del 19 de julio, no alimentó hacia nadie el menor espíritu de venganza, sino que, por el contrario, hizo cuanto pudo, cuanto estuvo en su mano, no solamente para salvar a gentes que no merecían ser perseguidas, sino para salvar a políticos contrarios suyos, a sus enemigos antiguos suyos, a gentes que le habían insultado procazmente. Y los salvó facilitándoles pasaporte para que marcharan al extranjero. Lo triste es que cuando el presidente Companys fué llevado violentamente a España para ser sometido a martirio, se puso de manifiesto una vez más la cobardía y la ingratitud características de los elementos de derechas de nuestro país: ninguna voz se levantó entre quienes tenían el deber moral de levantarla, ya que no para protestar contra la violencia que se hacía al derecho humano, al menos a pedir lo que hubiera estado de acuerdo con lo que ellos proclaman como credo de su conciencia católica, a pedir clemencia; clemencia que Companys no hubiera aceptado, porque él era hombre digno, propenso a hacer favores a sus enemigos, pero no dispuesto a aceptarlos de ellos.

Para Companys, como él dijo, su asesinato representaba una muerte gloriosa. Representaba más: que se le abrieran las puertas de la historia.

El, que era hombre inteligente, sabía que desde el momento en que le detuvieron en Francia, sus días estaban contados. Y su única preocupación desde ese instante fué morir como correspondía al que era presidente de todos los catalanes. Podemos decir con orgullo que esa preocupación fué profundamente lograda.

Su persona llegará a constituir una de las figuras cumbres de esta etapa triste y trágica de la Humanidad y se ostentará señera a la contemplación y ejemplo de las generaciones futuras.

A COMPANYS LO MATO LA ANTI-ESPAÑA

Nosotros, al evocar con toda emoción el nombre de nuestro presidente Luis Companys, decimos: a Companys lo mató la España a que se refería hace pocos días, en un discurso brillantísimo, nuestro amigo don Félix Gordón Ordás, lo mató la anti-España. Al inmolar a Companys, la anti-España quiso matar al hombre de conciencia liberal y lo que este hombre representaba como expresión de Cataluña, que en la República había encontrado otra vez un cauce a su vida nacional; quiso asesinar en él el espíritu nacional de los Catalanes; pero la anti-España se equivocó, porque la sangre de Companys contribuirá a que se mantenga más firme que nunca el sentido nacional catalán.

Nosotros proclamamos con toda lealtad que no inculpamos para nada a la España amiga nuestra, a esa España que colaboró con nosotros el 4 de abril, a esa España con la que, juntos, lado a lado y codo con codo, luchamos los tres años de nuestra guerra, a esa España representada por los republicanos españoles aquí presentes con los cuales, unidos también con lealtad absoluta, estamos luchando para derrocar a Franco y reconquistar la República. (Aplausos).

Quizá el crimen más grave cometido por Franco y sus secuaces no fué matar al hombre liberal sino matar al presidente de Cataluña. Quería, sin duda, abrir un abismo de odio entre Cataluña y España. Nosotros decimos, como hombres liberales, que queremos saltar este abismo de odio, porque tenemos la aspiración, el deseo, de que el futuro, iluminado por la tragedia de este hombre, consienta reconstruir una España nueva, radicalmente nueva, luchar contra esa anti-España obscurantista, eliminarla de una vez y levantar otra España, la que nosotros anhelamos, una España que, con respeto a todos los pueblos que la compongan, encuentre la grandeza que siglos antes tuvo y que jamás debió perder. (Aplausos). Para nosotros Companys representa esto. Por eso nosotros proclamamos también que ante el recuerdo del amigo, ante el recuerdo del hombre de ideas libres asesinado, ante el recuerdo del presidente caído, no venimos aquí a invocarle con palabras de violencia ni aspiraciones de venganza. Nosotros no queremos que la sangre de Companys, como la de nuestros otros mártires, sirva para instaurar en nuestro país un turno de violencias. Preferimos ante esta sangre elevar nuestros corazones y preparar un mañana más glorioso y más digno para toda Cataluña y para el resto de la República española. (Ovación).

MANUEL ALBAR

Mi recuerdo más vivo de Companys, el que más permanentemente me acompaña, se remonta a comienzos de 1935 y tiene por escenario la Cárcel de Madrid. Guardo memoria precisa de aquellos días, no tan felices que deban ser evocados con gratitud, ni tan desgraciados como los que, un poco más tarde, nos deparó el Destino. Desde vísperas de la Navidad de 1934 era yo huésped del falansterio de la Moncloa en espera, como tantos otros, de la sentencia con que quisieran favorecerme los jueces que repartían premios según los méritos que cada uno habíamos contraído en las jornadas azarosas y románticas de Octubre. Los de Luis Companys habían sido sobresalientes y, recompensado ya con la gracia de una cadena perpetua iba a ser, con varios de sus compañeros de Gobierno de la Generalidad de Cataluña, alojado de tránsito en la cárcel madrileña, en viaje hacia el acomodo más duradero con que les brindaba descanso el Penal del Puerto de Santa María. No sin escándalo de la beatería cedista, que hubiera querido dar remate, ya en 1934, a la tarea de exterminio emprendida en 1936 y hoy tan satisfactoriamente lograda —gracias a Dios—, el régimen carcelario era entonces, por lo menos para los reclusos por delitos políticos, tan benigno como lo consentían los rigores reglamentarios, suavizados por la indulgencia del director, Elorza, a quien los traidores de julio fusilaron de manera infame en los comienzos de la sublevación, haciéndole pagar así su tolerancia para con nosotros. Se endureció más tarde, cuando los presos de la primera galería hicimos protesta pública y unánime por la ejecución del sargento Vázquez en Oviedo, y cuando Víctor Salazar, obstinado en recuperar su libertad, presuntamente perdida para doce años, dióse frenéticamente a la obra de taladrar muros, empresa en la que acaso hubiera resultado a la postre vencedor si los carceleros no hubiesen tenido ojos y oídos y si no hubieran sido tan grandes y visibles los estragos que llegó a producir. Pero yo me estoy refiriendo a los días más apacibles de nuestra penitencia. Del frío inhóspito y húmedo de las celdas nos desquitaban las horas de asueto en el gran patio rectangular, ágora de nuestro mundo recoleto, unido solamente al mundo exterior, que bullía en torno a los muros circundantes, por la comunicación cuotidiana con nuestros amigos y familiares, y por la presencia lejana de unos balcones que hacían ángulo en no sé que casa de no sé qué calle y desde los cuales, algunas mañanas, nos saludaban furtivamente unas figuritas femeninas que habían venido a ser nuestras novias sentimentales y anónimas. Bajo el sol de Madrid, que siempre guarda para el invierno un poco del ardor que derrocha inútilmente en verano, medíamos el patio lentamente con la medida de nuestros pasos y calentábamos a un tiempo la piel y la esperanza. Así es como recibimos un día de aquel invierno, que tiene ya en mi recuerdo perfil de estampa y sabor de melancolía, a unos ilustres delincuentes que traían consigo la emoción auténticamente republicana de Cataluña. Al frente de ellos, con el ánimo entero y la salud gastada, Luis Companys era un símbolo de todas nuestras contiendas civiles en defensa de la libertad.

UNA PROFECIA CUMPLIDA

Nuestros ejercicios peripatéticos cobraron con su llegada refuerzo vigoroso. Me parece ver aún a Largo Caballero, desafiando al frío y pensando en próximas jornadas victoriosas, bien ajeno a la suerte miserable que padece hoy en los campos de concentración de Alemania; atisbo la traza magra, trasunto de la de Don Quijote —por fuera y por dentro— de Gómez Ossorio, fusilado por los iscariotes de camisa azul; y mi sensibilidad se siente sacudida al citar los nombres de Julián Zugazagoitia y de Cruz Salido, tan íntimamente ligados a

mi vida, también fusilados por la ralea falangista y también compañeros en el discurrir de nuestros ocios de prisión. Ellos encabezan el cortejo innumerable de muertos y perseguidos que desfilan ahora por el retablo de mi memoria. Quisiera, a sabiendas de que no puedo lograrlo, reflejar el humor —el buen humor, se sobreentiende— de que entonces estábamos poseídos. Cuando se pierde el humor, que no tiene parentesco ninguno con la chocarrería, y mucho menos con la indiferencia, es que el espíritu está enfermo. Hoy lo está el de todos los españoles que merecemos llevar ese título y lo llevamos como un penacho. Lo está porque los traidores de julio no han matado solamente a los hombres. Resueltos a matarlo todo, han fusilado también, no sé por cuanto tiempo, el temple jocundo de España. Resucitará, si acaso, con la República.

Por entonces se conservaba íntegro, sin que las desventuras de Octubre lo hubieran abatido. Y gracias a eso pudimos un grupo de inquilinos de la primera galería ofrecerle al Gobierno de Cataluña una sobremesa de honor en la Cárcel Modelo de Madrid, y pudo Ventura Gassol contarnos su antología incomparable de cuentos verdes —porque son en su mayoría cuentos de loros, aunque también los hay de lores—. Entre chanzas y veras le hacíamos, sin embargo, el horóscopo a España. No era Luis Companys el más optimista. Pesimista tampoco. "Un año—dijo—tardaremos en recuperar la República". La profecía fué exacta. Un año después de haber sido formulada por Luis Companys en la cárcel de Madrid, se cumplía en toda España mediante las elecciones de febrero de 1936. En el pronóstico iba a coincidir, por extraña paradoja, ya en los preludios de la jornada electoral, un antípoda político de Luis Companys y nuestro: el fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera. Lo cito porque todavía hoy se exhibe el argumento de que las elecciones las ganaron las derechas, tratando de justificar con él la rebelión de julio. El testimonio de Primo de Rivera está implícito en estas palabras suyas, escritas y publicadas el 2 de enero de 1936: "Las derechas es poco probable que triunfen. Contra lo que ocurre con las izquierdas, donde la masa revienta de ímpetu y empuja a los conductores en tal forma que éstos casi tienen bastante con dejarse llevar, entre las derechas son los jefes los que, extenuándose en un derroche de dinero y de energías, andan espoleando a una masa medio desilusionada..." Y el día 23, es decir, cuando todavía se estaban haciendo los escrutinios, Primo de Rivera reconocía explícitamente la victoria republicana con estas otras palabras que cualquiera de nosotros podríamos suscribir íntegramente: "Sucedió lo que tenía que suceder. Las derechas —Acción Popular sobre todo— cubrieron las paredes de toda España con millones de carteles horribles. Convendría que los técnicos de la CEDA pensaran si ese alarde fanfarrón de dinero no le habrá ganado la antipatía de algunos millares de electores; es decir, si la fatuidad publicitaria no habrá sido contraproducente. De todas maneras, nadie ha disentido de este parecer: la propaganda de las derechas ha sido un total desacierto. Al menos en 1933 se invocaron valores nacionales y religiosos; ahora todo ha sido materialismo: llamadas al egoísmo asustadizo de los pudientes y cucamonas —en falsete— al *obrero honrado*. Un desastre. Las izquierdas no trataron de competir con aquel frenético lujo. Su austeridad propagandista acabó por resultar simpática, aun para los más alejados de los partidos de izquierda. Así llegó la fecha de las elecciones. La prensa de derechas redobló la baladronada. Acción Popular, en una última muestra de delirio, cubrió toda una fachada de la Puerta del Sol con el famoso biombo que tardaremos en olvidar. El aplastamiento de las izquierdas era seguro. Y, en efecto, ganaron las elecciones". Claro es que entre uno y otro testimonio, el aprendiz de dictador, que no desmentía la casta, había vaticinado con bastante claridad, desde el escenario del Cine Europa, de Madrid, el 2 de febrero, lo que iba a ocurrir cuatro meses después. Dijo entonces: "Aunque triunfaran en España todas las candidaturas socialistas, vosotros, padres españoles, a cuyas hijas van a decir que el pudor es un prejuicio burgués; vosotros, militares españoles, a quienes van a decir que la Patria no existe, que vais a ver vuestros soldados en indisciplina; vosotros, religiosos, católicos españoles, que vais a ver convertidas las iglesias en museos de los sin Dios; vosotros, ¿acataríais el resultado electoral? Pues la Falange, tampoco; la Falange no acataría el resultado electoral. Votad sin temor; no os asustéis de esos augurios. Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario a los internos destinos de España, la Falange relegará, con sus fuerzas, las actas de escrutinio al último lugar del menosprecio. Si después del escrutinio, triunfantes o vencidos, quieren otra vez los enemigos de España, los representantes de un sentido material que a España contradice, asaltar el poder, entonces otra vez la Falange, sin fanfarronadas, estaría en su puesto como hace dos años, como hace un año, como ayer, como siempre..."

PATRIOTISMO DE MONIPODIO

El patriotismo de los señoritos, sobre todo cuando son falangistas, es un patriotismo de monopolio, o dicho más precisamente, de monipodio, porque, como señalaba don Miguel de Unamuno, entienden la patria en acepción de patrimonio. Para ejercer sin riesgo ese monopolio sembraron de muertos la tierra española y nos arrojaron a nosotros de España. Un antiespañol, de acuerdo con su definición del patriotismo, era Julián Besteiro; otro antiespañol, Manuel Azaña, que se murió, más que de dolencia corporal, del dolor de España; otro antiespañol, Antonio Machado, que la cantó en versos de cincel; otro antiespañol, Luis Companys. El señoritismo no concibe otro patriotismo que el que está simbolizado en El Escorial, y no por lo que tiene de fábrica portentosa, orgullo de una raza, —"nuestra gran piedra lírica" como le llamó José Ortega y Gasset—, sino por la carroña que se guarda en él, polvo de glorias pasadas que da fe de nuestras desgracias presentes. Patriotismo de raíces secas, incapaz de producir fruto sano, ni aun regándolo con sangre generosa y joven, como han hecho ahora. Sobre él está escrito definitivamente el *sic transit* inexorable de las cosas pretéritas y si esperanza de resurrección.

Pero yo estaba hablando del día en que en la cárcel de Madrid les dijimos adiós a los representantes de Cataluña, otra vez en ruta hacia el Puerto de Santa María, y estrechamos conmovidos —todas las despedidas son tristes, aunque las presida la certeza del encuentro cercano— la mano de Luis Companys. Lo que ignorábamos es que ellos y nosotros saldríamos del presidio no para entrar en posesión tranquila y gozosa de la libertad ganada, sino para disputarla violentamente —y perderla al fin— en las esquinas de las ciudades y en los anchos espacios de los campos dolientes de España.

En raras ocasiones volví a ver desde entonces a Luis Companys. Una fué en Madrid, avanzada ya la guerra civil, pronto convertida en guerra de invasión. Otra fué en Barcelona, cuando el aliento heroico se helaba secretamente con el presentimiento del fracaso. Luego nos dispersó a todos, lanzándonos por los caminos ingratos del mundo, el viento de la derrota. Y aquí, en México, es decir, en uno de los pocos países de América que supieron cumplir con su deber —excediéndose a todos— supimos, hace cuatro años, la noticia de su asesinato. La dieron, cuando ya el misterio no podía guardarse más tiempo, unas gacetillas redactadas en prosa fría y sin relieve. Vinieron después informaciones más detalladas. Y yo no sé qué poeta catalán —o castellano, o del Norte o del Sur, porque el episodio nos honra a todos por igual— acertará a cantar en versos elegíacos aquel gesto de Luis Companys andando descalzo el sendero de su agonía y compareciendo ante el piquete de ejecución con los pies manchados de barro para llevarse una vinculación eterna, de carne y espíritu, con la tierra blanda y amada de Cataluña. La vida de Companys fué una lección de honestidad y energía. La muerte de Companys es un poema de trágica grandeza.

EL CONSEJO DE HORACIO

De mis años mozos guardo también recuerdo de Luis Companys. Su nombre trae a mi memoria todo un período de románticas contiendas obreras y políticas. Me refiero a la época en que las organizaciones sindicales padecían persecución implacable en un régimen que hacía de la Constitución su alcahueta y cuyo exponente más calificado, con títulos que nadie se atreverá a negarle, era el general Martínez Anido, a quien dimos en llamar, con evidente benevolencia, el *cerdo epiléptico*. Si no servía para cosa de más provecho crematístico, que se le hubiera ofrecido abundante en otras aplicaciones profesionales, la destreza leguleya de Luis Companys servía, cuando menos, para defender a los perseguidos, que gracias a ella se libraban—o nos librábamos—de una condena, excepto cuando el abogado ingresaba también en la cárcel para hacer compañía grata a sus clientes. A veces se daba la paradoja de que los clientes salieran de la cárcel y él se metiera en ella. "Bohemia profesional", decían algunos que se administraban mejor. Es posible. Pero esa bohemia entroncaba —y entronca, porque no se ha perdido— con la mejor tradición española, la de Don Quijote, que pone siempre el impulso por encima del cálculo, y el sentimiento por encima de la razón. A esa cualidad le debemos el ser cortejadores permanentes de la Aventura, en su acepción heroica más alta, como esos combatientes de la República que pelearon en todos los frentes de batalla y hoy están haciendo guardia en los Pirineos llenándose los ojos en la contemplación ansiosa de los valles que aguardan nuestra vuelta. Para los españoles no era necesario el consejo de Horacio: "Que haya en tu serenidad un punto de locura". Si acaso, habremos de procurar enseñanzas que nos vuelvan más cuerdos. Pero quiera el destino que nunca nos falte la chispa de locura creadora de nuestro genio, aquel que, según sentencia de nuestro Romancero, le pide a la honra esfuerzo y brazo. Luis Companys pasa por la historia reciente de Cataluña, y de España, prodigando la lección infinita y sin tregua de su pasión política, hecha de amarguras y esperanzas, de duelos y de fiestas. Cuatro veces hemos deshojado en el destierro el almanaque desde que fué sacrificado en Barcelona. Cuando el año venidero hayamos de recordar nuevamente su vida y sus obras nos encontraremos —tal es mi creencia— en España, bebiendo el aire del Mediterráneo, el mar de las viejas e imperecederas culturas. No será sólo la tumba de Luis Companys la que visitemos. Desgraciadamente nos espera una peregrinación larga, silenciosa y emocionada hacia los cuatro puntos cardinales de la península. Todos tenemos muertos que recordar. Nunca se nos habrá impuesto tanto como entonces el culto a los héroes, tal como lo entendía Tomás Carlyle. De esos héroes, unos con fama individual, otros sin ella, todos acogidos a una gloria común, porque común fué también su abnegado martirio, Luis Companys será uno de los más ilustres y llamados a eternidad. Y nuestra presencia en España será signo de que el mundo ha empezado a recuperar su fuero moral, su condición civilizada, virtudes que estaban en eclipse desde que nuestra guerra dió comienzo. Sobre los Pirineos brilla otra vez la estrella de la República, que anuncia auroras luminosas. Cuando lleguen, que no tardarán, empezaremos a vivir vida nueva y se hará carne el sueño de Companys, que es nuestro sueño: una Cataluña feliz en una España generosa y libre. (Ovación).

BOSCH GIMPERA

Hemos dicho a menudo que Companys representa el espíritu liberal y democrático y el sentimiento de Cataluña y de su libertad máxima coordinada con la de los demás pueblos españoles para construir una nueva España y una vida consagrada a este ideal. Lo representa en su obra revolucionaria de luchador, en su obra de hombre de gobierno y en su martirio, con su inteligencia, su entusiasmo, su sentimiento humano, su valor y su desegoísmo, coronados por su espíritu de sacrificio.

Companys es un exponente, un símbolo de la tragedia de esos ideales que son los nuestros, los de los catalanes y los de los demás españoles liberales y demócratas. Junto con los grandes mártires de la libertad española y de la libertad catalana ocupa en la Historia un lugar de honor.

El lo ocupa junto a los remensas ajusticiados por Juan II, junto a las víctimas del Conde-Duque, con Casanova y Villarroel; con Bach de Roda y Moragues; con las víctimas de la represión de Felipe V, el rey que fundaba sus derechos al dominio de Cataluña en la victoria de sus armas; con Layret y Seguí y con los mártires de Martínez Anido, con los sacrificados por la guerra nuestra y por la tiranía falangista.

Y en los demás pueblos hermanos tiene a su lado a los Comuneros de Castilla, a los refugiados en países más libres en el siglo XVI, a los agermanados de Valencia, a los ajusticiados por la Inquisición, a Lanuza, a Olavide, a los mártires de la libertad del siglo XIX: Torrijos, Riego, Mariana Pineda y a las víctimas de las guerras carlistas; a Galán y García Hernández, a los mártires de Franco, a Azaña, a Besteiro, a Cruz Salido, a Zugazagoitia y a todos los héroes menores y anónimos.

En ninguna parte ha sido tan cierta como en España la frase de Lord Anton: "La Libertad, como el amor, hay que conquistarla cada día", y en España se ha luchado por ella secularmente, con ríos de sangre, sin alcanzarla nunca del todo, y la tragedia continúa. La libertad religiosa, la política, la económica y la humana. La de los hombres y de los pueblos, con la de Cataluña, la de Castilla, la de Aragón, la de Valencia y Mallorca, la de Euzkadi, la de los pueblos hermanos de América.

La República quiso poner fin a esos torrentes de sangre y no la derramó, —más cristiana que Franco— perdonó a sus enemigos, incluso a algunos que se levantaron contra ella como Sanjurjo; hizo cuanto pudo para evitarla en las horas revolucionarias y de la justa ira popular y salvó a muchos que se lo han pagado persiguiendo a los republicanos. Y Companys no fué de los menos activos ni de los menos humanos.

NO ES LA ESENCIA DE ESPAÑA EL ABSOLUTISMO

Ahora se abre ante nosotros la gran incógnita: cómo restaurar la República, cómo hacer nuestra España libre con sus hombres y sus pueblos libres, pues sólo con la libertad, con la religión de la libertad es posible España y sólo en esta España podríamos vivir nosotros y podrán vivir nuestros hijos, pues sólo la libertad es la esencia de España, a pesar de las fuerzas que a ella se han opuesto y a pesar de la sangre vertida.

La generación que ha vivido la República, que ha hecho la guerra y que padece en las cárceles de España o que se ha dispersado en el exilio lo mismo que nuestros hijos no sabrían concebir más que una nueva España republicana, liberal y democrática, ni podrían vivir en otra. Y España no alcanzará la paz sino así. La dignidad humana y la libertad política no pueden borrarse de nuestra ideología y creemos que está arraigada en el corazón y en la sangre de nuestra gente y que cuanto se ha hecho para acallarla procedía de factores ajenos a España.

No era la esencia de España el absolutismo, ni la intolerancia religiosa, ni la imposición de credos políticos. Con las persecuciones, con los dominios extranjeros se ha podido acallar la voz de España, se la ha podido cubrir con colores que no eran los suyos, se ha podido crear la apariencia de otra España y pretender usurpar la verdadera. Pero su voz no se acalla y resurge, aunque sea a siglos de distancia; el manto postizo se sacude a la primera ocasión. Se ha podido vencer pero no se ha convencido y esta ha sido nuestra tragedia, porque los otros, los que representan una superestructura forastera, cuando su dominio se ha prolongado, se han aclimatado al país y se han convertido al fin y a la postre, aparentemente, en españoles y han defendido con celo de neófito su razón de existir con la misma tenacidad que nosotros la nuestra. Por ello es difícil el compromiso en las pugnas entre españoles, por ello todas nuestras luchas tienen algo de guerra religiosa. Y, si no conseguimos que, restaurado el verdadero sentido español y pacificada España, después de instaurar un régimen plenamente democrático —pues otro no podría perdurar— no sólo sean vencidos sino que se convenzan nuestros adversarios, o por lo menos sus descendientes, normalizándose el ejercicio de las libertades políticas en un ambiente de serena ciudadanía, la tragedia no tendrá fin y la sangre vertida lo habrá sido nuevamente en vano. España habrá de aprender la lección de la tolerancia y de la convivencia, pues la de la libertad y de la democracia fué ella la primera en enseñarla al mundo hace muchos siglos.

HAY QUE RECTIFICAR CONTAGIOS SECULARES

Pero para ello será preciso rectificar trayectorias y contagios seculares que han dejado una profunda huella, y atreverse a proclamar que muchas instituciones y muchos hombres que han venido figurando como representativos de la Historia de España, no lo son, y una de las tareas más difíciles y más urgentes será la de rehacer la que aprendan nuestros nietos, en la que el patriotismo y la admiración por los altísimos valores humanos españoles resalten límpidos y con auténtico relieve, para solidarizarse sólo con ellos, sin temer a que la historia de España quede vacía al expulsar de ella a los falsos luminares.

Habrá que pensar en una España que lamente haber perdido la forma de con-

vivencia de árabes y judíos, que no se entusiasme con la gloria de ciertas batallas, que deplore la persecución de erasmistas y protestantes, que reniegue de la hegemonía del Imperio español en Europa; en una España que, conservando toda su admiración por los hombres que ensancharon como no hicieron otros el ecumeno, y educaron a los pueblos de América, reconozca todos los errores y lamente cuantos obstáculos ha puesto la superestructura española a su libertad. Así los españoles liberales se enorgullecen de Bolívar, de Hidalgo, de Morelos, de San Martín y de Martí, americanos y de sangre española tanto como las propias figuras peninsulares y, al sernos tan querida la libertad de América como la nuestra propia, renegamos de los encomenderos tiránicos, de las crueldades de Morillo en Colombia o de los que fusilaban a los héroes de la independencia de México o de Cuba, como de cuantos han aherrojado nuestra libertad o han sacrificado a sus defensores. Nuestra España es la que ha dado al mundo grandes valores humanos, la que ha contribuido en alta escala a la obra común de la civilización y de su dignidad; pero de los que se apoderaron de su gobierno y de su nombre para prostituirlo, de la que contaminó de sus ambiciones a muchos españoles para perturbar al mundo no podemos sentirnos afines. Y así no disminuimos nuestra herencia ni nuestra gloria, pues queda en ella todavía mucho y muy excelso después de soltar el lastre y de hacer brillar con su verdadera luz lo que representa a la España auténtica.

Entre estas rectificaciones esenciales para el porvenir español se halla la del mismo concepto de España y de su composición. También en ello hay que enmendar la obra perturbadora y es preciso limpiar el contagio, para que las células infectadas se rehagan y reciban una nueva fuerza, incapaz de surgir mientras se hallen enfermas.

España ha sido, es y será una comunidad de pueblos. Llámense como se quiera. La denominación da lugar a cuestiones vidriosas. En la Constitución de la República aquellos eran apellidados "regiones", pero este nombre es demasiado geográfico y poco expresivo, parece minimizar lo que a continuación se expresa: "que tengan características históricas, culturales y económicas especiales". Los renacimientos de algunos de esos pueblos han constituido en la Historia y siguen constituyendo verdaderos complejos nacionales, con una matización étnica propia, con una lengua peculiar y con una cultura de cuyos valores no podríamos prescindir sin empobrecer sensiblemente el acerbo común a toda España. Para muchos españoles, en cambio, la palabra nación es poco simpática porque creen que minimiza el conjunto español y que, a través de ella, se pierde la esencia de una entidad espiritual conjunta.

Si lográsemos ponernos de acuerdo respecto al contenido y a la forma de integrar a España, poco valor tendrían las palabras. Lo cierto es que la personalidad de los pueblos no muere ni se atenúa a través de la Historia, ni de los moldes uniformistas que se les han querido imponer y que, cuando se les ha creído reducidos a una mera nomenclatura provincial, han resurgido vigorosos y han demostrado que en su personalidad viva pueden encontrarse fuentes de energía y de nuevas creaciones. España sigue siendo una comunidad de pueblos o de naciones, un organismo vivo polinacional, una nación de naciones, en que ni se pierde la esencia de lo conjunto y por lo tanto la unidad múltiple de España, ni se desnaturalizan ni confunden las personalidades de sus pueblos.

LA DIVERSIDAD POLITICA DE ESPAÑA

De la diversidad política de la España medieval se trató de hacer, no una unidad nacional, sino una obediente comunidad de Estados sometidos a una misma corona omnipotente. A los Reyes Católicos, a Carlos V o a Felipe II no les molestaban las diversidades legislativas sino el espíritu de libertad de los pueblos, y a ellos se debe la muerte de las libertades de Castilla y de Aragón. Cuando Olivares quiso hacer una unidad legislativa, sobre todo porque para sus aventuras exteriores le molestaban las dificultades que encontraba para extraer dinero de las distintas Cortes, pensó poco en una superior nacionalidad española, unida por vínculos espirituales: su España era sólo una unidad de súbditos obedientes a un mismo despotismo, a un mismo rey absoluto y, en realidad, una suplantación de la verdadera España. Y lo mismo sucedió con Felipe V con más fortuna y más crueldad, cuando, después de haber esclavizado a Cataluña, a Valencia y a Mallorca, creyó haber organizado definitivamente un estado centralizado: lo que le importaba era el Estado y no la Nación, extranjero como era y dirigido por extranjeros.

Sólo cuando operaron, a la larga, los factores de verdadera unidad, los lazos espirituales y culturales entre los pueblos, la convivencia y las empresas comunes, las luchas conjuntas por la libertad, pudo comenzar a hablarse de una España de todos. Y en los albores del siglo XIX pudo haberse hecho, pues se habían olvidado muchas diferencias y las heridas, apenas cerradas en la carne de los pueblos, procedían de un estado opresor que iba a sustituirse por un Estado democrático. Pero el doctrinarismo se impuso y se trató de hacer de la patria y del estado una entelequia. Los pueblos renacieron y su conciencia colectiva volvió a avivarse, con la contumacia del despotismo absolutista o pseudoconstitucional de la monarquía de Fernando VII y de Alfonso XIII.

Fué preciso que volviera a quebrar el Estado en 1931 para que se pudiera pensar en rehacer a España de acuerdo con su naturaleza. Esta era la gran esperanza del 14 de Abril, de aquella mañana de sol en que Companys proclamó la República desde el Ayuntamiento de Barcelona, y Maciá y los catalanes expresaron entonces su fe en la nueva España rediviva. Recuerdo el discurso optimista y exultante de Rafael Campalans en el Ateneo de Madrid, que atribuía todos los obstáculos para la mútua inteligencia a la monarquía caída, paralelo de aquella frase de Azaña en el balcón de la Generalidad de Barcelona: "Catalanes: ya no tenéis rey que os declare la guerra". La República inició la solución e iba a "hacer España acaso por primera vez" como dijo el propio Azaña. Y España, a pesar de las autonomías no se rompió, sino que demostró una nueva fortaleza y juntos luchamos todos por la libertad y por la dignidad de nuestros pueblos y de España por espacio de tres años, y juntos hemos venido al destierro y juntos han padecido en las cárceles de Falange los españoles de todos los pueblos. Y Franco no ha podido deshacerlos como no ha logrado deshacer a España.

FIELES AL ESPIRITU Y A LOS PRINCIPIOS DE LA CONSTITUCION

Esperamos restaurar la República y queremos mantenernos fieles a sus tradiciones y a su significado. En ellas está el respeto a la personalidad de los pueblos y la República restaurada habrá de completar la obra de la República interrumpida. Pero al hacerlo debe recoger la experiencia pasada y evitar antiguas faltas y antiguos contagios. Debe pensar que si su razón de ser es la libertad ciudadana también lo es la libertad orgánica y colectiva de sus pueblos y que, si la tradición humana española, es el respeto a la persona y a sus derechos inalienables, lo es también considerar a España como una integración de pueblos libres, unidos por vínculos libremente establecidos.

En la ordenación de la República y de sus autonomías hubo recelos y hubo contagios con la mentalidad no republicana. En enmendarlos tienen todavía los republicanos una obra a realizar franca, cordial y vigilante. Y para ello no han de tener voz los representantes de la España superpuesta como la tuvieron todavía en 1931.

Nos hemos mantenido y nos mantendremos fieles al espíritu y a los principios de la Constitución y de la República. Pero una vez restaurada habrá mucho que enmendar y que reajustar. Después de quince años, las formas políticas y administrativas, las soluciones económicas y sociales deberán ser examinadas de nuevo. Lo mismo las fórmulas de integración de los pueblos. Y la solución no será de menos libertad en ningún caso, sino de más libertad. Entre el fascismo y la democracia no hay compromiso posible, lo mismo entre las dos Españas, la falsa opresora de sus pueblos y la auténtica de la República, su libertadora. Pero puede haber contagios y, si somos consecuentes con nuestros principios esenciales, hay que permanecer alerta y no dejar que se infiltren entre nosotros complejos ni recelos del pasado, ni temores de que la obra libertadora quebrante la unidad, ni el peso del recuerdo de viejas y aun recientes incomprensiones.

No irá esta reconstrucción en detrimento de España, sino que la fortificará y la capacitará para nuevas y más generosas creaciones. Porque, por encima de nuestras diversidades que no podemos abandonar, hay mil lazos espirituales que nos unen y que secularmente nos han mantenido unidos, a pesar de los esfuerzos hechos por el despotismo y por la violencia en su contraproducente labor para realizar mal o para destruir lo que los pueblos iban haciendo voluntaria y cordialmente. Y porque España no es un molde rígido ni una idea que pueda imponerse ni monopolizarse, sino porque todos debemos contribuir a hacerla y todos tenemos el derecho de plantearla, de acuerdo con nuestra visión y nuestro sentimiento.

Por estos ideales murió Companys, por ellos murieron los mártires de la República española, pues este era su significado y en él se hallaba la raíz de su renovación esperanzadora. Fieles a su memoria venerable, debemos terminar su obra y hasta entonces España no resurgirá ni podrá volver a ocupar su puesto de honor en el concierto de un mundo mejor que todos esperamos. (Ovación).

CARLOS ESPLA

Se suele decir de estos actos que son para honrar la memoria de un desaparecido. ¡Tremenda vanidad! Estos son actos de creyentes, de comulgantes en la verdad y el ejemplo de una vida—vida que es en estos momentos la única que tiene presencia y realidad entre nosotros— y al celebrarlos practicamos un culto emocionado, para que sobre la cabeza de los fieles descienda la luz de gloria de aquella vida y de aquella muerte. Así nos une hoy aquí el recuerdo y la devoción a Luis Companys, en el aniversario de su martirio. Los muertos dictan su lección silenciosa. La de Luis Companys es la lección de sus luchas por los ideales que alientan en nosotros. Nuestra voz debe apagarse para oir la suya sin palabras.

LAS LUCHAS DE COMPANYS

Vivió Luis Companys para morir por sus idas. Murió para que ellas viviesen. El pelotón de ejecución que segó criminalmente su existencia, todavía prometedora, creyó acabar con éstas al acabar con él. Pero no se puede matar a un símbolo. Un símbolo vive más intensamente en la fe y en el pensamiento de los creyentes cuando sangra por las heridas del crimen, del odio y de la intolerancia. Y las ideas sólo mueren de verdad cuando las mata el propio pueblo con el olvido y la ingratitud. Hoy v-ve entre nosotros Luis Companys porque su recuerdo nos infunde nuevo amor a las ideas por las cuales él se sacrificó, porque su muerte nos llama y convoca a las luchas de su vida.

Toda su existencia fué un riesgo ininterrumpido, una batalla sin tregua, una esgrima constante con el peligro, un duelo romántico y dramático por el ideal, un impulso vital hacia la acción. Su nombre va unido a todas las luchas liberales de nuestro siglo. Al comenzar éste, tenía Companys dieciocho años. Su tierra catalana, su hogar campesino—masía familar en la leridana plana de Urgel— le habían dado la más preciada riqueza que da Cataluña a sus hombres: el amor a la libertad. Se dice que Cataluña es rica por su industria, por la fecundidad de sus campos, por la promesa mercantil de su mar, por la laboriosidad de sus hijos. Acaso sea así. Pero Cataluña es sobre todo rica —*rica i plena*— por su amor a la libertad. Cataluña es la libertad.

Un joven estudiante destinado también al martirio es el compañero de Companys en sus primeras luchas políticas: Francisco Layret. Ellos son el alma de la Asociación Escolar Republicana, que se educa en el evangelio pimargalliano, infunde su pasión de justicia social en el movimiento catalanista y vela las armas para las grandes luchas liberales del siglo.

El desastre del 98 decreta la extinción de la España feudal, centralista, borbónica y habsburguiana, que es lo que los señoritos de Falange llaman hoy la España imperial. Pero años después, ésta se apresta a su defensa, servida entonces por hombres que se dicen liberales. Contra el espíritu de libertad de Cataluña, que es el espíritu de libertad de España, el feudalismo centralista militar dicta la ley de Jurisdicciones. Recojamos esta primera lección de los hechos: para atacar a Cataluña se ataca a la libertad en toda España. Para atacar a la libertad en España se ataca a Cataluña. He ahí un concepto del feudalismo centralista español, que explica, por reacción, la solidaridad republicana de catalanes y de todos los demás españoles: la libertad es indivisible. El Ebro no es una frontera para la tiranía. Nuestro amor a la causa de Cataluña arranca de ahí. Es nuestra propia causa. Ningún español será libre mientras no lo sea también Cataluña. No habrá libertad para Cataluña mientras no la haya para los españoles. Dejad a un déspota imperial en el centro de España. Todas las fuerzas del pasado marcharán en cruzada de odio contra Cataluña. Pero en la primavera española de Abril, cuando en las ciudades y en las aldeas las masas populares, la España honda y auténtica, hace flamear al viento español la bandera libertadora de la República, Cataluña tremolará en alto, acariciada por la brisa mediterránea, la bandera de las cuatro barras como los cuatro pilares de sus libertades, y entonará "Els Segadors", te deum magnífico de libertad. He ahí también la conjunción del catalanismo y del republicanismo de Companys.

La ley de jurisdicciones fué un atentado contra Cataluña. Resultó, pues, un atentado contra España. Companys la combatió con el ardor juvenil de su entusiasmo republicano y catalanista.

Republicanismo y catalanismo. Y también fervoroso anhelo de avance y justicia social. Companys es, desde su juventud, un combatiente en las luchas obreras. Su doctrina es la del socialismo liberal. Su acción, la de defender al desposeído, al explotado. Ni Cataluña burguesa y patronal, ni República plutocrática. La democracia es también para él la democratización de la riqueza y del bienestar. Y su sentimiento se exalta en la pasión de la lucha. La lucha es la existencia misma de Companys. "La Lucha": ese nombre simbólico tendrá el periódico que sirve de tribuna y de barricada a él, a Layret y a nuestro amigo inolvidable Marcelino Domingo, para combatir los nuevos retoños del feudalismo español, del trogloditismo español, del incivilismo español, en los estertores de la otra guerra. Lucha contra el crimen y la violencia que los asesinos de 1920, precursores de los asesinos falangistas de hoy, desatan sobre Barcelona, corazón de Cataluña, dando en el blanco del mismo corazón español. La pistola homicida asesina a Layret y a Salvador Seguí, como el mauser falangista asesinará veinte años más tarde a Luis Companys. Ley de fugas, fuga de la ley. Martínez Anido y Francisco Franco, unidos en el mismo crimen y en la misma maldición nuestra.

REPUBLICA Y CATALUÑA

Lucha contra la dictadura, lucha por la República. Companys proclama la República desde el balcón del Ayuntamiento de Barcelona. Cruza la clásica plaza de San Jaime un caballero del ideal: don Francisco Maciá. Es el más catalán y, por su noble traza quijotesca y por su espíritu quijotesco se diría: el más español. Con don Francisco Maciá entra en el venerable Palacio de la Generalidad la Cataluña de la libertad. Y Companys la sirve con su agudo sentido político, con su emoción tensa y fina, desde el gobierno de la ciudad, desde el escaño de diputado, desde el gobierno de la República. Cuando el dolor inunda el alma de Cataluña y de todos los republicanos españoles por la muerte de Maciá, Cataluña eleva a la Presidencia de la Generalidad a Luis Companys. También es para él puesto de combate. "Cataluña y la República en el corazón de todos", dice en su patético discurso la noche del 6 de Octubre. La República traicionada es Cataluña amenazada. La libertad repetimos, es indivisible. Así será también el 19 de Julio. Ese día Luis Companys, él solo en el palacio de la Generalidad y en la calle es toda la fuerza de la República y es toda la autoridad de Cataluña. Un hombre, rodeado de un pueblo, frente a la traición. ¡Cómo ardía en sus

HOMENAJE

En memoria de Manuel Azaña

Para conmemorar el cuarto aniversario de la muerte de don Manuel Azaña en tierras de Francia, el Partido de Izquierda Republicana Española ha organizado un acto público que se celebrará el día 3 del próximo mes de noviembre y en el que don Alvaro de Albornoz pronunciará un discurso dedicado a exaltar la gran figura del que fué presidente de la República y uno de sus más ilustres gobernantes. El acto tendrá lugar en el Centro Republicano Español.

ojos, cómo vibraba en su palabra el amor a Cataluña y a la República! Inseparables Cataluña y la República en la tremenda conmoción unidas no por la fuerza, sino por el amor, por la lucha, por la solidaridad de los ideales. Frente al enemigo común, la propia comunidad.

LA POLITICA AUTONOMISTA

Se puede atacar la política autonomista de la República. Puede parecer a unos estrecho y a otros holgado el Estatuto. Personalmente lo creo yo tacaño e insuficiente en algunos aspectos. Pero ese Código de la libertad catalana hizo sus pruebas en la dramática tormenta. No por su letra estricta, sino por su espíritu. Porque simboliza la libertad de Cataluña en la España republicana, la libertad de cada hombre en la libertad colectiva del pueblo: lo que fué en suma el ideal catalanista y republicano de Companys. Ninguna fuerza material tenía, en aquel momento del drama, la República sobre Cataluña. Y sin embargo, toda la fuerza de Cataluña estuvo al servicio de la República. Y juntas las dos lucharon contra la España feudal, que no es nuestra España. Cataluña no se desgarró entonces, cuando podía hacerlo, de España. Quienes en las Cortes Constituyentes defendimos la libertad de Cataluña, quienes nos empeñamos en vencer la resistencia cerril del separatismo centralista, podemos estar seguros de haber hecho una buena obra española. Y en nuestra ambición republicana de hoy prometemos ser fieles a aquel ideal que unió a Cataluña y a la República. Catalanes y españoles: nuestra unión está en la libertad. Ella nos une. La tiranía es la gran separatista española. Por eso hemos creído siempre que la defensa de las libertades de Cataluña no es sólo deber de los catalanes; es deber de todos los españoles. Así, creemos, comprendió también Companys su deber catalán de defender la República española. En nuestro mundo español, diverso de pueblos y de lenguas, el drama se universaliza. La lucha no ha de ser sólo por *nuestra* libertad, sino por *la* libertad.

CRIMEN CONTRA ESPAÑA

Se ha dicho: el asesinato de Companys es un crimen de España contra Cataluña. ¡Palabras impías! Falange no es España. La guardia civil no es España. Son la negación de España. España amaba a Companys. Companys es España. Y España es también Manuel Azaña, Luis Bello, Roberto Castrovido, castellanos, manchegos, que lucharon por la libertad de Cataluña. Los nombres de estos insignes varones de Castilla se une en nuestra devoción a los de los hombres de Cataluña cuyo recuerdo nos conmueve al evocar el de Companys, porque fueron sus compañeros de lucha: Maciá, Carner, Campaláns, Suñol, Corominas, Domingo, Serra Hunter, el mallorquín Alomar, Moles, Aguadé, Lluhí... Es justicia unirlos en el mismo recuerdo, y ningún Ebro de olvido e incomprensión puede separarlos. Y al recordar a los caídos en la lucha, permitidme evocar también la figura de un republicano español, hombre bueno, culto, de gran valer y de extraordinaria modestia, que fué diputado por Palencia en las Constituyentes. Pertenecía al grupo de Acción Republicana. Fué mi compañero de escaño. Votó en las Cortes el Estatuto de Cataluña. Los reaccionarios de su provincia lo atacaron furiosamente. Le llamaban "mal español". "He votado el Estauto —contestaba él— precisamente porque soy buen epañol"... Cuando triunfó la rebelión falangista en Palencia, aquel diputado de las Constituyentes fué encarcelado, condenado a muerte, fusilado. ¿Sabéis qué es lo que más encendió el odio falangista contra aquel gran español, aquel hombre bueno y santo? El haber votado el Estatuto de Cataluña. Y así murió serenamente, como un justo, ante idénticos fusiles falangistas que los que fusilaron al catalán Luis Companys, el palentino Matías Peñalba. Cayó también sobre su tierra leonesa-castellana por la libertad de Cataluña.

Nuestra España —y yo sé, catalanes, que también la vuestra— es la España de Matías Peñalba. Por eso estamos aquí juntos para inundarnos en la luz de la gloria de Companys y para execrar el crimen.

No reconocemos como españoles a quienes lo fusilaron. Los maldecimos, los rechazamos, Sobre ellos ha caído nuestro repudio y caerá mañana implacable y terrible la justicia. Su víctima, catalanes, es vuestro símbolo. Pero también el nuestro.

Para morir quiso Luis Companys andar por última vez sobre la tierra de Cataluña con los pies desnudos. Un hombre que muere así deja su vida plantada en la tierra, semilla cargada misteriosamente de espigas del futuro.

Todos quisiéramos vivir en el trance de nuestra muerte esa maravillosa y conmovedora parábola de los pies desnudos sobre la tierra caliente de la patria. ¡Tierra de la patria! Nuestro hálito lleva su calor, nuestra sangre su jugo; nuestros huesos su polvo. Los pasos desnudos de Luis Companys sobre la tierra catalana marcan un sendero de gloria. ¡Tierra de Cataluña, tierra de España! El recuerdo de las luchas de Companys, sereno, valeroso y sencillo es su sacrificio, en el acto final de su lucha, ante los fusiles del crimen contra Cataluña y contra la República, del crimen contra España, nos llama a seguir la lucha de Companys para hacer de nuestra tierra amada ¡tierra de la libertad! ¡Catalans, espagnols: tots a una! (Ovación).

FELIX GORDON ORDAS

Estamos celebrando, señoras y señores, en este acto una velada en honor de Luis Companys. Sobre él han dicho cuanto se pudiera decir en sus dos magníficos discursos los señores Albar y Esplá. Nada tengo que añadir. Tengo, sí, mucho que lamentar. Como leonés, como español. El asesinato de Luis Companys fué, como en otra ocasión se dijo, más que un crimen, una estupidez. La obra que comenzó a realizar la República estuvo a punto de naufragar con este hecho. Lo recordaba Esplá en su extraordinario discurso. Se ha podido decir por separatistas y separadores que el asesinato de Luis Companys fué un crimen de España. Si no tuviera tantos motivos a la execración pública el "generalísimo" Franco, bastaría éste para constituir una causa permanente de odio en todos nosotros. Por realizar una venganza sin fundamento pudo agudizar de nuevo las dolorosas discrepancias que entre distintos pueblos de España han existido tan persistentemente. Si a algún político catalán, si a algún catalanista puede tildársele de españolista fervoroso es precisamente, con títulos sobresalientes sobre todos los demás, a Luis Companys, quien en toda su actuación política en la República sintió hondamente el problema español como lo sentíamos los republicanos.

Tragedia enorme, multisecular, la de España. La recordaba antes, con su vasta erudición, mi eminente amigo el profesor Bosch Gimpera. La ha recordado en otras ocasiones, la vive, la siente. Y si algo podemos hacer hoy, después de haberse exaltado, en los límites que le corresponden, la figura egregia de Luis Companys, es pensar, como lo hizo Bosch Gimpera, como modestamente lo voy a hacer yo, aprovechando el momento en que unos con otros estamos reunidos para una misión común, en el gran problema de España. Es un problema de ayer, es un problema de hoy. Nuestro tremendo problema a través de toda la historia es este divorcio singular que ha existido constantemente entre el pueblo y sus instituciones representativas.

EL PENSAMIENTO DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA

Pese a las diferencias de raza —los españoles, unos somos africanos, otros asiáticos, otros europeos del centro, otros del Mediterráneo—, pese a las diferencias de idioma, pese a todo, hemos tenido siempre un criterio semejante, diría igual, en las grandes cuestiones fundamentales. En cambio, el Estado español, las múltiples manifestaciones del Estado español, no han tenido nunca estas convicciones.

La analogía que existe en el pensamiento de todos los pueblos hispánicos se revela, por ejemplo, de manera brillante, contundente, demostrativa, en la tesis política incesantemente sostenida por España como pueblo en torno a lo que para muchos parece ser un problema de hoy y para nosotros es un problema eterno: la comunidad entre todos los pueblos. Es un hombre nacido en Cartagena (Murcia), San Isidro, quien por primera vez plantea en el siglo VII este enorme problema de cómo organizar el Universo para luchar contra las guerras; es un español nacido en Baleares, un catalán, Raimundo Lulio, quien en el siglo XIII desarrolla toda una doctrina respecto a la celebración de asambleas anuales por todos los Gobiernos del mundo para impedir las guerras, y habla ya, lo que pareció después una novedad introducida por la Sociedad de las Naciones, de la imposición de castigos a los pueblos rebeldes; es un vascongado, el padre Francisco de Vitoria, quien en el siglo XVI defiende la constitución del Estado universal y, frente a la teoría de la independencia de los pueblos, lanza aquel concepto tremendamente revolucionario de la interdependencia de ellos; es un andaluz, el padre Francisco Suárez, quien dogmatiza con insuperada profundidad de pensamiento, más aún que el padre Vitoria, acerca de las guerras justas e injustas, declara que las Repúblicas autónomas son partes de un todo y sienta, como se ha reconocido después, las bases del derecho internacional y del derecho de gentes; es un segoviano, fray Domingo de Soto, quien en aquella famosa polémica en torno al tratamiento que habría de darse a los indios en América, sostiene en su resumen de los discursos la doctrina de la igualdad entre todas las razas; es un castellano nuevo, un hombre nacido en Tarancón (Cuenca), Melchor Cano, quien apoya fundamentalmente estas doctrinas de tipo expansivo, ecuménico, universal. Y cuando se trata de exponer medios para realizar el fin perseguido, cuando se pregunta cómo es posible evitar las guerras internacionales, es otro hombre de Cuenca, el jesuíta Luis Molina, quien por primera vez da la respuesta hablando del arbitraje internacional; es un hombre nacido en Belmonte, el jesuíta Gabriel Vázquez, quien desarrolla de manera admirable y con aguda precisión toda esta doctrina del arbitraje y sostiene la necesidad de que sea obligatorio, diciendo en su apoyo cosas tan atinadas como ésta: "Es propio de los pueblos bárbaros darle la razón al más fuerte". Este gran ideal, que es uno de los múltiples motivos del orgullo español, se cuaja, a través de los siglos, como una doctrina cada vez más homogénea por hombres de las distintas regiones, pueblos, nacionalidades —llamadles como queráis— de España, de todas las Españas, de la de allí y de las de aquí. Por eso cuando el venezolano Bolívar, en un ensueño generoso y romántico, diseña la anfictionía de naciones de la América meridional, no hace más que servir uno de los más altos ideales hispánicos. Y lo mismo puede decirse de las concepciones internacionalistas que a lo largo del siglo XIX arrojan a la controversia intelectual insignes figuras de nuestra civilización, tales como el portugués Pinheiro, con su proyecto de Asociación de Naciones Agredidas, el argentino Alberdi con su teoría sobre la agrupación de todas las naciones de la Humanidad, en una sociedad o unidad con legislación y gobierno más o menos comunes, y el cubano Bernal con su plan articulado de Sociedad de Naciones muy anterior a la primera guerra europea.

LA UNIDAD ESPAÑOLA

Al meditar sobre éste y otros casos en que España fué creadora, reveladores todos ellos de un robusto pensamiento común, ante mi ánimo se ha presentado siempre, con obsesión lancinante, esta interrogación tremenda: ¿Por qué siendo, como es, unánime el espíritu español, en todo lo que respecta a pasión por la libertad individual, a igualdad de derechos entre las razas, a sentido internacioñal de la vida; por qué existiendo estos grandes, enormes ideales en el alma de todos nuestros pueblos, no pudo realizarse jamás una auténtica unidad española? En una de sus más memorables conferencias, el Dr. Bosch Gimpera se planteaba también este problema y se preguntaba así: "¿Por qué lo que hicieron en Inglaterra los Tudors y los Hannoverianos y en Francia Richelieu, Luis XIV y la Revolución, no se ha podido hacer nunca en la Península ibérica?" Para él, la causa fundamental de esto era la más fuerte personalidad de los pueblos españoles y un distinto espíritu. Me permitirá que discrepe de su opinión. Yo he llegado a otra conclusión distinta. Para mí, la causa de que no se realizara la unión española en el momento en que se pudo haber realizado, cuando se realizó la unión en Francia, es sencillamente la magnificiente, estupenda, maravillosa aventura de América; influyó también parcialmente como causa la expulsión coetánea de moriscos y de judíos del territorio peninsular.

Tomás Conde, después de las investigaciones realizadas en los múltiples documentos del archivo de Simancas, nos dió a conocer que al final del reinado de los Reyes Católicos había en España más de nueve millones y medio de habitantes. En los censos —aquellos censos de humos— publicados en el año 1541, aparecía que España tenía menos de cuatro millones y medio de habitantes. Caso único en la historia del mundo: Una nación, en un período de cincuenta años, pierde, de nueve millones y medio, cinco millones doscientos mil habitantes. ¿Qué pasó con estas gentes? Salvo los moriscos y judíos, ¿qué se hizo de los demás? Los demás fueron la sangría tremenda de la Península ibérica y, sobre todo, de los pueblos que miran hacia el Atlántico de la Península ibérica, hacia estas tieras de América. Sangría que continuó ininterrumpidamente después. Si a esto se añade que por los mismos tiempos España —digamos mejor Castilla— gasta el dinero que de América obtenía en empresas guerreras de pura significación imperial y de prestigio, en actos agresivos contra Italia, contra Francia, contra Inglaterra, contra los Países Bajos, nos daremos cuenta todos de que el preciso momento en que España pudo realizar en el interior la obra de unión de los pueblos y de construcción de un órgano estatal que representara a todos los españoles, no pudo hacerlo porque su sangre, sus energías, su fuerza, se empleaban exclusivamente en aventuras exteriores que respondían unas veces y otras no a este sentido universal del alma humana fuera de la Península, ibérica, es decir, exactamente lo contrario de lo que por entonces hizo Francia, la cual dedicó toda su potencialidad a la unificación de sus tipos raciales en el territorio nacional.

A mi juicio no hay ninguna razón para que los catalanes, que fueron absorbidos por Francia, no hubieran podido ser absorbidos por España. No hay más razón que ésta: que lo que era entonces el espíritu dominante en el país, Castilla, por un sentido que desbordaba el propio de Castilla, gastara todas sus energías, toda su fuerza, toda su actividad sobrante en la colonización de América, en la empresa imperial europea, olvidándose de continuar su obra en España. Yo lo lamento, como hombre de España, pero no lo lamento como hombre que tiene una orientación internacional en el alma. Porque si la empresa de América evitó realizar la unión española, creó, para gloria de todos nosotros, este maravilloso Continente cuyo porvenir es incalculable. Repito que yo como español lo lamento. No soy federal. Por convicción y por temperamento soy unitario. Y a mí me hubiera gustado que, no a la manera como intentó hacerla el conde duque de Olivares, sino de otra manera, hubiera podido realizarse esta fusión de todos los pueblos hispánicos en una sola nacionalidad bien coherente. Esta hubiera sido mi aspiración, ése mi deseo, mi mayor gusto. No se pudo hacer en los siglos XVI y XVII. ¿Por las causas que supone el señor Bosch Gimpera? ¿Por las causas que supongo yo? No importa. No se pudo hacer, y el problema que se planteaba a España después de este fracaso era otro, que los Estados monárquicos soslayaron constantemente. Si España, por lo que fuera, no se pudo constituir en un Estado unitario, ¿qué procedía hacer? ¿Vivir todos los pueblos de España en odio y lucha permanente o buscar otra manera de convivencia, de realización de una potente nacionalidad, supernacionalidad, como queráis vosotros llamarla? He ahí dónde está el punto de vista radicalmente diferente entre ellos, los de allá, los que hoy usurpan el Poder en España, legítimos herederos del despotismo de Isabel la Católica y de los Césares flamencos, y nosotros. El hombre más unitario que hay aquí probablemente soy yo; pero a pesar de ello os digo: España no puede ser una República unitaria. Y como no lo puede ser, y para un político lo fundamental no es lo que él quiere, sino lo que él puede realizar en bien del país en que actúa, me parece que ha llegado el momento de que planteemos con toda claridad el problema de la constitución futura de España.

HAY QUE REINSTALAR ESPAÑA SOBRE LAS BASES DE ESPAÑA

El señor Azaña, que tenía la obsesión permanente de España, dijo en un discurso: "Hay que reinstalar España sobre las bases de España." Y en otro discurso: "Tenemos que reanudar la historia de España sobre la base nacional de España". El tenía perfecta la visión de que en España ocurrió algo trágico precisamente a partir de la reina Católica, que era necesario destruir para anudar la España de hoy —"la tradición corregida por la razón", son sus

FUNDACION PABLO IGLESIAS BIBLIOTECA

palabras— con la España anterior a los Reyes Católicos.

Son los Reyes Católicos, es singularmente Isabel la Católica, los creadores de la llamada unidad española. Para nosotros, para los que tenemos otro sentido crítico de la historia, son precisamente quienes, con la palabra unidad, hicieron dificilísima la unión de los pueblos españoles. Creemos que espiritualmente estaba más unida España, cuando era a modo de una federación de Repúblicas municipales libres, que después de que se le puso a la fuerza una coraza general.

Hoy nos encontramos en una lucha común, la misma lucha con que se encontró España en la época de la reconquista, la misma lucha que tuvo cuando la invasión napoleónica. Y en estos momentos cumbres de la historia de España, no ha habido nunca diferencias entre los distintos tipos de españoles; porque el español, sea de donde fuere, es, por encima de todo, un amante de su libertad y de la independencia de su Patria. Y en este momento histórico que hoy vivimos, después de la irrupción de los bárbaros contra nuestra República, tenemos la obligación quienes, mayor o menor, asumimos alguna responsabilidad en la política española de ir planeando nuestro modo de ver el porvenir.

Se le achacó a la República como grave error suyo el haber concedido las autonomías regionales. Para mí fué un error, pero en sentido contrario. La República debió obligar a todos los pueblos de España a reclamar, por la fuerza si era necesario, su propia autonomía. Cuando el señor Ortega y Gasset recorrió algunos pueblos de España, singularmente de León y de Castilla, gritando "¡Las provincias en pie!", tenía, a mi juicio, una clara visión del problema. La política del porvenir ha de estar a mi modo personal de entender, no en las autonomías parciales de algunas regiones, sino —fijaos que os lo dice un hombre doctrinalmente unitario— en la federación de todos los distintos pueblos de España. No puede ser de otra manera y no habrá verdadera paz en España, no habrá en España constitución satisfactoria de un Estado permanente, mientras este principio no arraigue en el alma de los españoles de las distintas poblaciones que ocupan la Península. Y la Hispania legendaria no cumplirá su trascendental cometido histórico hasta que voluntariamente no se incluya Portugal en esta gran unión ibérica.

Muchas veces, discutiendo con estos amigos en el seno de conferencias privadas, yo les decía —lo creo sinceramente así—: No tendrá solución completa vuestro problema mientras no se incorpore Portugal a un sistema federativo peninsular. No en vano fueron dos portugueses insignes, Herculano ayer, Oliveira Martins hoy, quienes mejor estudiaron las instituciones jurídicas de España y quienes mejor vieron este sentido ecuménico de la gran España. Y aun hoy, después de tantos siglos de separación, hay escritores como Sardinha que abogan por esta unión federativa de Portugal con los otros pueblos de España.

Pero para que esto pueda tener efectividad en estos momentos hay que quitar del alma de los castellanos el sentimiento, injustificado hoy, de su hegemonía, y del alma de otros pueblos españoles su afición a regímenes especiales. Tiene que haber necesariamente un acuerdo entre los distintos pueblos peninsulares para llegar a una fraternidad y concluir con la existencia de españoles de dos categorías.

EL CASTELLANO, INSTRMUENTO ECUMENICO

Hay, sin embargo, un instrumento que, por su carácter ecuménico, no tiene más remedio que persistir en todo nuestro territorio. Me refiero al idioma castellano. Fué el idioma castellano, como pudo haber sido el gallego o el catalán; pero fué el castellano el que adquirió ese carácter. Este es un hecho histórico que está por encima de todos nosotros. Y digo a los catalanes, a los vascos y a los gallegos que creo que no ha habido política más perniciosa que la de querer acabar con los idiomas no castellanos que se hablan en España, cuando constituyen un florón magnífico de la riqueza española. Esta persecución, que no sé cómo calificar, que todas las dictaduras hacen contra el hablar y el escribir del catalán, o del vasco, o del gallego, es una de las más insignes torpezas que política alguna pueda cometer. ¡Ah, pero vosotros podéis estar abocados a incurrir en una torpeza todavía mayor! La de convertir vuestros idiomas en armas de combate contra el castellano. Sería una equivocación lamentable para vosotros, porque si llegáis en vuestro afán de recobrar el idioma catalán, el vasco o el gallego, en su mas pura acepción, hasta el extremo de querer que en vuestra tierra el castellano se aprenda por las minorías selectas, como se aprenden el francés o el inglés, habréis cometido una garrafal equivocación que os enemistará seriamente con los pueblos peninsulares de habla castellana y os aislará de los pueblos de habla castellana de América. Estoy seguro de que no podrá pasar eso, porque la necesidad se impondrá por encima de todos los partidarismos localistas. En vuestras horas de lucha contra las tiranías monárquicas, el catalán era una fuerza de oposición, como fué en Puerto Rico el castellano una fuerza de oposición contra la tiranía norteamericana; pero cuando restauremos la República y vayamos, con el corazón en la mano y con el pensamiento limpio, a reconsiderar la mejor fusión de nuestros pueblos, estoy seguro de que, al no sentiros perseguidos, vosotros habéis de ser los más interesados en seguir cultivando el castellano como el idioma nacional, como el idioma supernacional, como el idioma que habla una confederación enorme de pueblos y es, por ello mismo, el instrumento común de nuestro diálogo y de nuestra comprensión.

Recuerdo en este momento que el Dr. Santos, en su magnífico discurso del 14 de abril en Bogotá, hacía gentilmente esta llamada a los pueblos peninsulares de habla distinta al castellano: No levantéis entre nosotros murallas idiomáticas que nos separen, venía a decir. Eso mismo os digo yo en este momento. Porque mantengáis el cultivo del castellano nada perdéis de lo vuestro. La literatura catalana y la literatura gallega tienen una fuerza de expresión que nos admira a todos los españoles. A mí me producen la misma emoción los poemas de Verdaguer y de Rosalía de Castro que los de Bécquer. Siento dentro de mí que todo aquello, expresado en distinto idioma del que yo hablo, es español. Que así sea siempre y que procuremos que esta convivencia de pueblos, que es difícil, lo reconozco, se llegue a hacer sin agravio para nadie y con conocimiento y amor entre todos. Lo que, recién votado el Estatuto de Cataluña, dije yo, en conversación amistosa, a los señores Carner y Hurtado, lo repito aquí: "Ahora tienen ustedes el Estatuto; no se recluyan en Cataluña, vuélquense sobre el resto de España, porque lo que hay que hacer es acabar con los malentendidos funestos que existen entre pueblos llamados fatalmente a entenderse, malentendidos que están hechos con frecuencia a base de pequeñeces".

TOPICOS Y MALENTENDIDOS

Por ejemplo, me vais a permitir, catalanes, que os diga que suena horriblemente en oídos castellanos oír decir "Cataluña y España". (Muy bien). Vosotros empezásteis a decirlo, los vascos dijeron después Euzkadi o Vasconia y España, los gallegos comienzan a decir ahora España y Galicia. ¿Por qué? En Gran Bretaña se llama nación Escocia, se llama nación el País de Gales, se llama nación Inglaterra; pero jamás oiréis decir a un escocés Gran Bretaña y Escocia. Para mí este modo vuestro de hablar no tiene más alcance que el resquemor que existe aún en el alma catalana por las épocas en que Castilla era España y contra aquellos que se empeñaron en hacer que sólo Castilla siguiera siendo España. Pero no continuéis hablando así, amigos catalanes. Os lo ruega un buen amigo vuestro: decid en lo sucesivo Castilla y Cataluña; no digáis nunca Cataluña y España. Es poca cosa para vosotros y, sin embargo, tiene una importancia enorme para todos los pueblos de habla castellana. (Ovación).

Otro hecho minúsculo, éste imputable a los castellanos. Existe entre todos los pueblos de España una solidaridad económica tremenda. Sin embargo, es frecuentísimo oír hablar a los hombres de idioma castellano del arancel que favorece a los paños de Cataluña. Esto tiene que sentar muy mal a los catalanes porque, aparte de constituir una falsedad, es un elemento separador. No tienen toda la culpa los castellanos. Recuerdo que Prat de la Riba se jactaba en una ocasión de que en la política arancelaria del país eran siempre los catalanes los que triunfaban. Pero sea lo que fuere, triunfaran ellos o triunfaran otros —después de todo, en la lucha en torno a un arancel protector han de triunfar unos u otros—, el hecho evidente es éste, que hay que decir a los castellanos: Es verdad que a Cataluña se le protegen sus paños, pero también es verdad que a Castilla se le protege su trigo, como se le protegen a Galicia sus carnes, como se le protege a Asturias su carbón, como se le protege a Vizcaya su hierro. Desgraciadamente España tiene que vivir con un régimen proteccionista más o menos justamente establecido —no se trata ahora de cifras ni de columnas del arancel— de sus productos. Y frente al castellano que dice que si no fuera por el gravamen que establece el arancel en defensa de los paños de Cataluña podría adquirir paños ingleses más baratos, el catalán puede justamente replicar que si no fuera por el gravamen que establece el arancel en defensa de los trigos de Castilla podría conseguir este cereal conómicamente adquiriéndolo de la Argentina. Y así respectivamente para todos los pueblos y productos de España.

Tenemos, para nuestra gloria, una solidaridad económica. Y es estúpido y necio y separador hablar parcialmente de esta clase de problemas cuando nos afectan por igual a todos. Son pequeños detalles que a veces tienen más importancia en la vida de relación que las discusiones ideológicas.

Yo quisiera que en estos momentos me estuvieran escuchando dos hombres, los dos muy amigos míos, Castelao y Pi y Suñer, para decirles: Amigo Castelao, tú que eres tan noble, tan bueno, tan sentimental. ¿por qué has escrito ese libro injusto en el que vuelves de nuevo a hablar de la imposición de Castilla, de la pobre Castilla, que fué la primera en sufrir la pérdida de sus libertades? Amigo Pi y Suñer, ¿por qué te manifiestas en estas horas de dolor general en esa posición hostil a lo nuestro no catalán? ¿No os dais cuenta el uno y el otro de que los hombres republicanos de los pueblos de habla castellana de España, y, sobre todo, de los pueblos de Castilla y de León, tenemos que luchar heroicamente para acabar con los prejuicios que en esos pueblos existen respecto a la libertad de los otros pueblos de España? ¿Por qué en vez de ayudarnos en esta lucha hacéis todo lo posible para facilitar argumentos a las fuerzas enemigas nuestras? (Aplausos).

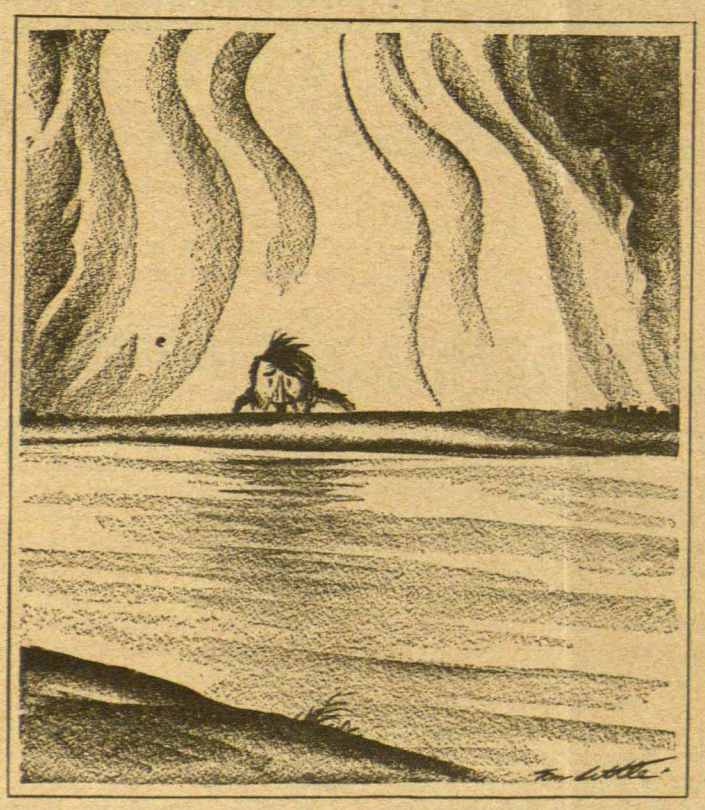
IDEAL DE CONSTITUIR UNA ESPAÑA GRANDE

No son ellos más nacionalistas que los que se sientan a nuestro alrededor procedentes de Cataluña; pero éstos han tenido un sentido de responsabilidad histórica que no tienen aquellos. Todas esas estridencias son acogidas con grandes titulares y en forma llamativa por los periódicos de España franquista con objeto de avivar el rencor contra los partidarios de las libertades regionales. Y lo que tenemos que hacer en esta hora de desgracia común es exaltar lo que nos une y olvidar lo que nos separa. En vez de pequeñeces, de luchas comineras en torno a discusiones líricas de tipo puramente teórico, lo que nos corresponde realizar en estos momentos angustiosos, es unir los corazones de todos para entonar el mismo "sursum corda". No es hora de andar chapoteando con los pies sobre la tierra, sino de elevar los espíritus por encima de las cumbres, hasta tocar las estrellas con la frente. Es el instante preciso de unirnos para una acción conjunta libertadora, no con un propósito exclusivamente romántico sino con un ansia práctica de crear por fin una política nacional española. En todos los momentos críticos de la historia de España se ha hecho así. Los comuneros de Castilla, que habían sido destrozados en sus libertades por Carlos I —y quizá allí se torció para siglos la historia de España— se fueron a ofrecer al mismo emperador que los trituró para ir a luchar en Navarra contra los franceses que la habían invadido. En la conferencia del doctor Bosch Gimpera a que anteriormente aludí se cita el hecho de que el leonés Guzmán el Bueno, cuando se vió desamparado de los reyes de Castilla, acudió a Jaime II de Cataluña para pedirle ayuda en la lucha contra los moros. No había entonces diferencias, frente al interés de la patria común, porque para todos era igual el sentimiento de España. ¿Por qué ha de haberlas ahora?

Es un dolor, ¡qué duda cabe!, para un nacionalista vasco o catalán tener que transigir en cosas fundamentales de su ideología y tener que enfrentarse mañana a los extremistas de sus pueblos; pero ese mismo dolor es el nuestro. Esta transigencia mutua, este ceder en todo lo que no es fundamental, porque lo fundamental para nosotros y para vosotros es la libertad de los pueblos de España y su integración en una gran nacionalidad, será lo que nos permita llevar desde las tierras de América una idea fecunda acerca de la nueva constitución española.

Si Companys nos oyera, si pudiera estar su espíritu en esta reunión, votaría favorablemente a esta propuesta que yo hago. Lo sé porque muchas veces discutimos mano a mano él y yo problemas que a ambos nos preocupaban extraordinariamente. La unidad en la diversidad, pero también la diversidad en la unidad. El "multiplus quia vivus quia unus" de Letamendi, sacado de la biología y aplicado a nuestra política. España es así y como es así hay que tratarla así o no será nunca España toda España. En plan de igualdad, con el mismo derecho a la gobernación del país los unos y los otros. Cada uno con su genio, con su literatura, con su idioma, con su organización propia; cada uno también con la obligación de sentir, además de su tierra, la tierra de todos: España; y de hablar, además de su idioma, el de todos: el castellano. Haciendo esto la República, en su nueva etapa, realizará el ideal grandioso que pretendió realizar en la anterior y que no pudo realizar, quizá por falta de tiempo, quizá por falta de ímpetu. Iluminados todos por este ideal de la constitución de una España grande, a base de igualdad para todos los pueblos que la constituyen, España será en el porvenir el pueblo que tiene derecho a ser y que nunca ha podido ser de una manera completa. (Larga ovación).

El Vigía del Rin



Little en el Nashville *Tennessean*.

Problemas de la post-guerra

La educación en el Movimiento Cooperativo

III

"Alguien ha dicho —escribe un ilustre cooperador inglés— que la cooperación es un movimiento económico que se vale de la acción educativa. La recíproca no sería menos cierta: la cooperación es un movimiento educativo que se vale de la acción económica. Y en la importante obra de la cual tomamos esta cita, se dedica el capítulo I de la primera parte a "El Movimiento Cooperativo y la Educación"; capítulo que lleva este exacto y sugestivo subtítulo: "La inseparabilidad de la Cooperación y la Educación.

Ya Robert Owen, el padre espiritual de la cooperación, indicó, sin proponérselo, movido simplemente por la fuerza de las circunstancias, el camino que se debía seguir para alcanzar el objetivo que el movimiento cooperativo persigue. En efecto, al ponerse al frente de los 2,000 obreros que trabajaban en la fábrica de New Lanark, quedó fuertemente impresionado por las pésimas condiciones en que vivían, especialmente los quinientos niños —de seis años para arriba— procedentes de las casas de caridad y de beneficencia de Glasgow y de Edimburgo. Con su fuerte personalidad y su espíritu generoso, Owen consiguió pronto introducir el orden, la limpieza y la sobriedad en aquella desgraciada muchedumbre, si bien su principal éxito —que repercutió, no sólo en toda la Gran Bretaña, sino en Europa entera— fué el de la educación de niños y adolescentes, a la que prestó especial atención. La conclusión a que llegó Owen, como consecuencia de su labor educadora, es que el gran secreto en la formación del carácter del hombre es colocarle bajo influencias propicias —físicas, morales y sociales— desde los primeros años de su existencia.

Los cooperadores de Rochdale, que iniciaron en 1844 el movimiento cooperativo moderno, estaban todos imbuídos de las enseñanzas de aquel insigne maestro, cuyas concepciones, sobre todo en el campo económico, lograron poner en práctica con mucha mayor fortuna que su propio autor. Por eso, antes de abrir su famosa tienda del Callejón del Sapo, habían estado, durante un año entero, explorando el terreno y estudiando las condiciones de viabilidad de la aventura a que iban a lanzarse, siendo de notar que en los planes de aquellos pobres tejedores, analfabetos unos y con una instrucción deficiente los más, figuraba el establecimiento de escuelas y colegios cooperativos.

No se ha escrito aún, pero tendrá que hacerse un día, la historia pedagógica de la cooperación y el importantísimo aporte de ésta a la obra de la cultura moderna. Holyoake, en su conocida obra *Thirtythree Years of Co-operation in Rochdale*, y F. Hall y W. P. Watkins, en su libro *Cooperación*, nos dan cuenta detallada de la labor educadora de los cooperadores de Rochdale, en la cual se han inspirado —y siguen inspirándose— los coperadores de todos los países. No nos es posible seguirla paso a paso —lo que por sí solo exigiría un voluminoso libro—; pero sí vamos a intentar recoger los rasgos más importantes de la misma.

Los pioneros —como se llama también a los cooperadores de Rochdale— tenían la costumbre de reunirse al anochecer, a la salida del trabajo, en la trastienda de la cooperativa, para comentar las noticias de actualidad. La discusión a que ello daba lugar constituía evidentemente un valioso medio de educación. En 1848, establecieron una sala de lectura y una biblioteca, por medio de cuotas voluntarias de dos peniques (un centavo de dólar, aproximadamente) por semana. Luego, cuando la cooperativa pudo acogerse a la Ley de 1852 (*Industrial and Provident Societies Act*), se introdujo en los estatutos de la sociedad la famosa cláusula en virtud de la cual se destinaba a la educación el 2½% de los beneficios netos; cláusula que se ha venido conociendo desde entonces con el nombre de "Regla de Oro". Este hecho ha tenido una gran importancia en la historia de la cooperación, porque las cooperativas que se iban constituyendo en el país copiaban generalmente al pie de la letra los estatutos de los pioneros y adoptaban, naturalmente, la *regla de oro*. Y tal fué la aceptación que consiguió ésta, que el Congreso Cooperativo de 1870, a petición de varias sociedades, acordó por unanimidad invitar a todas las cooperativas —las ya creadas y las que se crearan ulteriormente— a aplicar la aludida regla.

En el entretanto, un nuevo paso se había dado en el camino de la educación, consistente en invitar a intelectuales de renombre a visitar la ciudad y a explicar conferencias —generalmente sobre temas científicos— en el Town Hall o Casa de la Villa, de Rochdale. A este propósito, el célebre orador y jefe del partido liberal inglés John Bright, cuenta, en 1862, que un socio del Atheneum Club, de Londres, al que pertenecía la flor y nata de la intelectualidad de la capital, declaró que la selección de periódicos de la modesta sala de lectura de los pioneros era mejor y más completa que la del propio Atheneum Club. Otro paso se dió en 1873 cuando la Cooperativa acordó afiliarse al Departamento de Ciencias y Artes de South Kennington, la cual, antes de establecerse el actual *Board of Education* o Ministerio de Educación, concedía subvenciones para sostener los establecimientos de enseñanza. Gracias a la ayuda del mencionado Departamento, más de 400 socios estudiaban ciencias, arte y tecnología; número que algunos años más tarde, en 1886, se elevó a 500. Por esa misma época las autoridades inglesas empezaron a interesarse en la enseñanza popular, lo cual movió a la cooperativa de Rochdale y a otras que habían seguido su ejemplo, a declarar que su actuación en ese campo había terminado, ya que se trataba de una labor de "responsabilidad pública" y que las autoridades municipales y nacionales reconocían ahora que les tocaba a ellas hacerse cargo de la misma.

Sin embargo, la Unión Cooperativa, a la que pertenecían la casi totalidad de sociedades del país, lejos de abandonar sus tareas pedagógicas, las orientó hacia otros derroteros, bajo la inspiración del gran educador popular Arnold Toynbee, quien, en el Congreso Cooperativo celebrado en Oxford en 1882, había afirmado que "la misión de los cooperadores era la educación ciudadana". De acuerdo con esta idea, las cooperativas emprendieron una intensa y extensa labor de divulgación, acudiendo a las universidades y escuelas superiores en demanda de asesores y conferencistas, de cuya iniciativa surgió la llamada Extensión Universitaria y las Universidades Populares, las cuales, después de haberse propagado por toda la Gran Bretaña, hicieron su aparición en los principales países de Europa, primero, y luego, en las Américas, particularmente en los Estados Unidos y en el Canadá. Merece señalarse el hecho de que en el mismo Congreso de Oxford en que Toynbee pronunció su conocido discurso, fueron recibidas sendas comisiones de representantes de las Universidades de Oxford y de Cambridge, y que, a partir de aquella fecha, varios estudiantes de cooperación asistieron regularmente a los cursos de verano organizados por aquellas célebres instituciones. Todo ello dió lugar a que el año siguiente, en 1883, la Unión Cooperativa y la *National Union of Teachers* o Unión Nacional de Profesores, establecieran una inter-representación, de modo que esta última enviaba delegaciones a los congresos de la Cooperación y los cooperadores les correspondían mandándole también delegados a las que celebraba su Unión. Fué precisamente por aquel entonces cuando se declaró que el objetivo de la educación cooperativa era: "en primer lugar, la formación del carácter cooperativo y de las cooperativas, y en segundo lugar — aunque no necesariamente menos importante que aquélla—, la preparación de hombres y mujeres para participar eficazmente en las reformas sociales y también en la vida municipal".

A. FABRA RIBAS

NOTAS DE CHILE

Homenaje a México

Un gran acto de homenaje a la Misión Militar Mexicana y al general Miguel Henríquez, que la preside, se celebró en los salones del Centro Republicano Español el pasado día 23 de septiembre.

Una ovación estruendosa acogió al general Henríquez Guzmán y a los militares que con él forman la misión, cvuando entró en los salones del Centro acompañado por la Embajada mexicana en pleno, a los sones del Himno mexicano magníficamente cantado por el artista español Gabriel Tejer, quien también ejecutó el Himno chileno, y leyó un inspirado y vibrante soneto.

El presidente, D. Bartolomé Thomas, le ofreció el homenaje en un emocionado discurso; después, en nombre de todos los republicanos españoles, habló el diputado de las Cortes españolas Ramón Suárez Picallo, enalteciendo las glorias y la democracia de México. El delegado de la Junta Española de Liberación, don Vicente Sol, puso de manifiesto cómo México en todo momento había sido admirable exponente del espíritu de independencia y de libertad, aludiendo a sus más preclaras figuras históricas, entre las cuales están don Lázaro Cárdenas y el actual jefe del estado, General Avila Camacho.

También hicieron uso de la palabra el gran literato argentino Alberto Ghiraldo; el representante de los franceses libres, M. Meteller; el de los italianos libres, Sr. Cappello; el gran escritor chileno don Ricardo Latcham; el diputado socialista D. Bernardo Ibáñez; el Presidente de la Juventud Radical, y, finalmente, para agradecer el homenaje, en nombre del General Henríquez y la misión militar, el Embajador de México, licenciado Luis I. Rodríguez. El orador, en magnífico resumen, sintetizó lo que allí se había dicho.

SECRETARIADO DE LA DELEGACION DE LA J. E. L.

Ha quedado constituído el Secretariado de la Delegación de la Junta Española de Liberación. Funciona bajo la dirección del Delegado, don Vicente Sol, y lo componen el secretario, Epifanio Azofra Herrería, de Acción Republicana; el administrador, Carlos Durán, de Acción Democrática Catalana, y el encargado de la propaganda, José Mario Olmedo, del Partido Socialista.

El Secretariado se propone realizar una intensa labor.

UN COMENTARIO DE "REPUBLICA"

"República", órgano de la Junta Española de Liberación, ha publicado en su número de 25 de septiembre el siguiente suelto:

"Acaba de aparecer un boletín portavoz del grupo autotitulado "Los Leales".

En su llamamiento, que aspira a ser de cordialidad y unión de todos los españoles antifranquistas, incurre el que suponemos autor, en su costumbre de insultar a los que pretende atraer, a quienes, no por casualidad, somos el noventa y ocho por ciento de la emigración.

Del mismo autor hemos soportado otras veces insultos dirigidos a figura tan venerable y gloriosa como la de don Julián Besteiro.

¡Espléndida manera de lograr la cordialidad y la coincidencia!

Estamos seguros que si Julio Carabias,, Ferrater Mora, Romera, Zacarías Martínez, Rafael Soler y otros, hubieran conocido con antelación el escrito de referencia, no hubieran autorizado que apareciesen sus nombres al pie de dicho llamamiento".

LOS ITALIANOS LIBRES Y LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES

Reunidos los Consejos Directivos de los Republicanos Españoles y de los Italianos Libres acordaron:

"Formar un Comité Coordinador con amplios poderes, a fin de que sus principios y sus esfuerzos permitan traducir en una realidad los sagrados principios de los hombres libres hacia la constitución de un organismo cuya representación directa o intervención en la futura conferencia de las Naciones de la postguerra, sea garantía absoluta de que los postulados ideológicos que se defienden en la actualidad, representen los principios inamovibles de libertad a que el hombre tiene derecho.

Se faculta, además, a este Comité de Coordinación para incluir en él a los delegados legales de los países que sufren las consecuencias de regímenes contrarios a los principios sustentados en esta declaración y que aspiran a la misma libertad".

A continuación se nombró a los señores que han de componer el Comité Coordinador, quedando elegidos los siguientes: D. Bartolomé Thomas, D. J. Antonio Torbellino y D. Ramón Lozano, por el Centro Republicano Español; y los señores Juan Cappello, D. F. Bianqui y D. Francisco del Gato por el Movimiento de Italia Libre.

CORRESPONSAL

Santiago, Octubre.

Del homenaje al Dr. Santos

Correspondiendo a los mensajes enviados por la Junta Española de Liberación al final de la cena con que rindió homenaje de cariño al ex presidente de Colombia, Dr. Eduardo Santos, se han recibido, además de la respuesta muy deferente que el general don Manuel Avila Camacho ha hecho llegar a la Junta, dos cablegramas, uno del presidente Alfonso López y otro del propio Dr. Santos a su llegada a Bogotá, que dicen así:

Bogotá, 16 de octubre.
Gordón Ordás.
Junta Española de Liberación.
México.

Agradecido correspondo el cordial saludo de los republicanos españoles y me uno a las manifestaciones de simpatía que tuvo el gusto de hacerles el ex presidente Santos a su paso por México.—Alfonso López, Presidente de Colombia.

Bogotá, 16 de octubre.
Junta Española de Liberación.
Señores Gordón Ordás y Ruiz Funes
México.

Por conducto ustedes quiero reiterar una vez más cordiales agradecimientos por inolvidable recepción hiciéronme republicanos españoles y seguridad mi afecto y adhesión dentro de los ideales que tan fervorosamente comparto. Para todos un recuerdo muy afectuoso.—Eduardo Santos.

VALIJA *indiscreta*

LA BANDERITA

El día 12 de Octubre, Fiesta de la Raza, no quedó en todo México ni una banderita monárquica. Ondeaba sólo una en la azotea de un edificio de la avenida del 20 de Noviembre, y, según leemos, unos "mozalbetes, asilados españoles" la desprendieron, la destrozaron y le prendieron fuego. ¡Simpáticos e intrépidos "mozalbetes"! El hecho motivó la "enérgica protesta de unos españoles" que visitaron la redacción de "Excelsior", calificando el noble y patriótico gesto de los "mozalbetes, asilados españoles", de "verdadero atraco", que "cae bajo la sanción de los códigos", por estimarlo "como daño en propiedad ajena". ¡Siempre la propiedad! Con la propiedad hemos dado, Sancho. ¡Propiedad de un trozo de percalina! La bandera franquista es un bien mueble que vale lo que cuesta a tantos pesos el metro. Así piensan los españoles franquistas que tienen de la vida un sentido mercantil y utilitario, del que están horros, por lo visto, los "mozalbetes" que destrozaron el pendón. Los primeros son los destinados a hacer grandes fortunas en el ramo de abarrotes; los segundos son ya, cuando no han pasado aun de "mozalbetes", cuando apenas comienzan a vivir, "asilados políticos", lo que quiere decir que no los ha llamado Dios por la senda de los buenos negocios.

Mas ¿no dicen los españoles franquistas que esa bandera es la de todos? En ese caso, creerán que lo es también de los "mozalbetes asilados" —cosa que ellos y nosotros rechazamos— y, en consecuencia, con arreglo a las mismas ideas de los españoles franquistas, los "mozalbetes asilados" tenían perfecto derecho a destruir la bandera monárquica como cosa propia, y no como propiedad ajena. Seamos lógicos: o es la bandera de todos —como dicen ellos— o no lo es — como decimos nosotros. Si lo es —eceptando su posición banderil—, tanto derecho tenían unos españoles a izarla como otros a arriarla. El caso como decía Unamuno, es pasar el rato.

Pero ¿no les dice nada a los españoles que plantaron esa bandera monárquica en una azotea el hecho de que unos "mozalbetes" españoles sean ya "asilados políticos"? Todo el secreto de la lucha por las banderas está ahí. Que un gobierno faccioso, enarbolando una bandera de oprobio, destierre a unos "mozalbetes", lance a la juventud de la patria a la emigración, la expulse del hogar y la persiga en el extranjero ¿no da cierto derecho a esos jóvenes a destruir los símbolos del régimen que los persiguió? Algunos españoles analfabetos, que suelen ser representación dorada de ciertas colonias españolas en América, no comprenden, sin duda, el drama de una juventud arrancada de los estudios, expulsada de la Universidad, barrida de la escuela, ametrallada en los caminos del destierro por aviones alemanes e italianos, que también llevaban en sus alas la escarapela roja y gualda. Cuando la juventud española pedía aulas y libros, laboratorios y campos de deporte, alegría y porvenir, los hombres de la bandera roja y gualda le dieron dolor, metralla, cárceles, campos de concentración, destierro y orfandad. Yo no sé si quienes quemaron la bandera franquista eran "mozalbetes, asilados españoles". Lo que sé es que entre los asilados españoles hay "mozalbetes", es decir jóvenes que eran niños cuando Franco levantó la bandera de la traición —que es esa misma bandera plantada en una azotea de la avenida del 20 de Noviembre—; y jóvenes cuyos padres fueron fusilados por los falangistas de la bandera roja y gualda... ¡Bandera del crimen! ¡Pendón del deshonor español!

Nunca fué esa la bandera de las glorias de la patria, sino de sus vergüenzas y fracasos. Esos españoles que han visitado la redacción de "Excelsior" para protestar contra el meritísimo atentado cometido por "grupos ignorantes de la historia gloriosa de su país" contra la bandera que "llevó sus colores a todo el mundo" y con la cual "llegó a tierras de Anáhuac la cultura española", demuestran que los verdaderos ignorantes de las glorias españoles son ellos. No se ofendan por eso. El negocio de abarrotes no exige conocimientos especiales de historia, y en esa materia andan ellos algo flojos. Esa bandera no trajo nada a tierras del Anáhuac. La bandera de Hernán Cortés era roja. Con el amarillo —pus en la sangre— fué la bandera de la decadencia borbónica. Cuando los hombres de la tierra del Anáhuac la vieron fué para levantar frente a ella la bandera de su independencia. La bandera roja y gualda no es la bandera de Numancia, ni de Sagunto, ni de la Reconquista, ni de las Navas, ni de Granada, ni del descubrimiento de América, ni de Lapanto, ni de Flandes, ni de Pavia, ni del Garellano. No es la bandera de Viriato, ni de Pelayo, ni del Cid, ni de Colón, ni de Pizarro, ni de Cortés, ni de Núñez de Balboa, ni de Magallanes, ni del Gran Capitán, ni de don Juan de Austria. No es, pues, la bandera de las glorias —que no todas lo son— que los ignorantes suelen citar creyendo que se alcanzaron bajo los pliegues de una bandera que todavía no existía. La bandera roja y gualda es, sí, el pendón de Carlos IV, rey de lidia, y de su mujer que era otro pendón. Es la bandera de Fernando VII y de los Cien Mil Hijos de San Luis, de Isabel II y del Padre Claret, de Alfonso XIII y del Martinillo, de Primo de Rivera y de la Caoba, de Martínez Anido y de Franco, del señor García Olay y señora. Es la bandera del desastre colonial y de la "Marcha de Cádiz", del fusilamiento de Rizal y de los tormentos de Montjuich, del Barranco del Lobo y de Annual, del desfalco de Larache y del Salto del Alberche. Es también la bandera de los moros de Franco que asesinaban a mujeres en las aldeas españolas y fusilaron al doctor Peset, de la matanza en la plaza de toros de Badajoz y de la destrucción de Guernica y Granollers, de las hazañas de Queipo de Llano asesinando a obreros andaluces y de las cárceles y campos de concentración donde sufren martirio y cautiverio miles de españoles. Es, para que nada falte al sarcasmo, la banderita de "Las Corsarias". ¡Banderita de segundas tiples, de pasodoble con los muslos al aire, de revista de género ínfimo!

Si fueron "mozalbetes asilados españoles" quienes quemaron esa bandera franquista sabían, pues, lo que se hacían. Demostraban conocer la Historia de España, que, por lo visto, ignoran quienes fueron a protestar a la redacción de "Excelsior".

Pero ¿fueron realmente jóvenes españoles quienes prendieron fuego a esa bandera ominosa? Yo me alegraría que lo fuesen, porque nada tan noble y excelso en la juventud como sentir la dignidad española y practicarla con riesgo y arrojo. Mas ¿no podrían ser más bien jóvenes patriotas mexicanos, indignados por la provocación que representa la bandera de Franco para el sentimiento del pueblo de México? Hay en estas tierras falangistas españoles tan bestias que no comprenden esta cosa tan sencilla: México no tiene relaciones diplomáticas con Franco, lo repudia como indigno de tener tratos con él, y en vista de ello, hay españoles falangistas que cuelgan en sus balcones y hacen ondear en las azoteas de sus casas la bandera de Franco. La exhiben no como un trágala a los refugiados españoles, sino como un trágala a México. México está en guerra con Hitler y los germanófilos falangistas españoles, que irían concentrados a Perote si se atreviesen a lucir la bandera de la cruz gamada, que es la que llevan en el corazón, se vengan exhibiendo la bandera de Franco, amigo y servidor de Hitler.

Así manifiestan hipócritamente su protesta contra el México revolucionario, que no ha reconocido a Fanco, y contra la revolución mexicana que hirió los intereses de terratenientes y usureros españoles, convertidos hoy al falangismo. ¡Insolente exhibición de la bandera franquista! Insolente y cobarde —lo realmente español no es nunca cobarde—, porque ese reto se ampara en la tolerancia, el respeto y la libertad de México. Reto, pues, sin gallardía, sin riesgo; reto "senzacoglione" como diría Mussolini, el amigo de Franco, si el Duce fuera todavía capaz de decir algo.

Sean jóvenes patriotas mexicanos o "mozalbetes asilados españoles" quienes quemaron esa banderita, realizaron un acto justiciero, digno, españolísimo. Nadie tiene derecho, en efecto, a ensuciar nuestras fiestas con el flamear de ese trapo de ignominia.

EL VALIJERO

Bajo la tiranía nazi

LARGO CABALLERO SIGUE EN ORANIENBURG

El presidente de la Asociación Mexicana de la Cruz Roja, Lic. Alejandro Quijano, ha dirigido a la Junta Española de Liberación, la carta que sigue, en la que se facilitan informes acerca de don Francisco Largo Caballero, prisionero, como se sabe, de los alemanes.

Sres. Don Diego Martínez Barrio y
Don Indalecio Prieto,
Presidente y Secretario, respectivamente, Junta Española de Liberación, Tacuba 15, altos. Ciudad.

En relación con el cable que a súplica de Uds. dirigió esta Cruz Roja Mexicana al Comité Internacional de la Cruz Roja, Genéve, el 31 de agosto anterior, pidiendo informes respecto al paradero y condiciones actuales del señor Don Francisco Largo Caballero, acabo de recibir del Comité cable de contestación, que dice:

"Geneve, 10 octubre 1944.—Cruz Roja Mexicana. México.—Telegráma 242.—Largo Caballero, bien de salud 21/9 (9 de septiembre). Sigue Oranienburg".

Al comunicar a Uds. lo que antecede, les reitero las seguridades de mi más atenta consideración.

CARIDAD Y PATRIOTISMO.
México, D. F., a 11 de octubre de 1944.
ASOCIACION MEXICANA DE LA CRUZ ROJA.
ALEJANDRO QUIJANO,
Presidente.

CRONICA DEL URUGUAY

Se ha constituido en Montevideo el Comité Parlamentario Pro República Española

Montevideo, octubre. — Como consecuencia de las gestiones realizadas por el delegado de la Junta Española de Liberación, don José Luis Coello de Portugal, siguiendo indicaciones de la Junta misma, se ha constituído en Montevideo, al igual que se ha hecho recientemente en Santiago de Chile y la Habana, un Comité Parlamentario Pro República Española que tiene por objeto ayudar a los republicnos en su obra de reconquista y combatir el régimen de Franco. Forman el Comité tres batllistas, el senador Dr. Forteza, el presidente de la Cámara de Diputados Sr. Batlle Berres y el diputado Sr. Valiño Sueiro; dos nacionalistas independientes, el senador Dr. Gallinal y el diputado Dr. A. Sánchez; el Dr. de la Fuente, del Partido Colorado Baldomirista; el Sr. Escribano Bacigalupi, del Partido Colorado Blancoacevedista; el Dr. Cardoso, del Partido Socialista y la Sra. Arévalo de Rocha, por el Partido Comunista.

Inmediatamente de constituído el Comité se dirigió a los de Chile y Cuba para coordinar su actuación y requirió la adhesión de otros parlamentarios, siendo ya muy considerable el número de los adheridos. El Comité hizo también la siguiente declaración:

SOBRE EL FUTURO DE ESPAÑA

Declaración de Miembros del Parlamento

"Los miembros del Parlamento uruguayo que firmamos esta declaración hemos considerado que, ante la inminente victoria de las fuerzas de las Naciones Unidas en su lucha contra el nazismo y sus cómplices, cumplimos, como representantes del pueblo de nuestro país, un deber moral impuesto por la justicia y por la gratitud, al afirmar públicamente que no podemos celebrar como completa tal victoria sobre las fuerzas que amenazaron esclavizar al mundo mientras España, la madre patria, no sea reconquistada para la República y para la Democracia.

Al formular esta declaración, al margen de las discrepancias o pugnas producidas dentro del campo de los antifascistas españoles —y sin perjuicio de la actitud que cada uno de los firmantes pueda asumir ante ellas—, al levantar nuestra voz por una España republicana y democrática, por una España cuyo destino sea decidido por la libre voluntad de los españoles, estamos seguros de interpretar el sentimiento del pueblo uruguayo, inequívocamente expresado en actos memorables y en grandes movimientos de solidaridad.

Seguros, además, de que ese sentimiento es común a todos los pueblos de la América española y de la importancia de que se adopten en otros países del Continente actitudes análogas a la que adoptamos en el Uruguay, acordamos informar de esta declaración a los parlamentarios de los países americanos, confiando en que un esfuerzo coincidente, realizado en esta hora triunfal y decisiva para la Humanidad, contribuya a salvar el futuro de España, el país donde comenzó, con el inmenso sacrificio de un pueblo, la guerra entre la Democracia y el despotismo fascista.

Queda acordado, finalmente, que los Senadores Dr. Gustavo Gallinal y Dr. Francisco Forteza, y los diputados Sr. Luis Batlle Berres, Dr. Amador Sánchez, Dr. Antonio Valiño y Sueiro, Dr. Tomás de la Fuente, Sr. Esteban J. Bacigalupi, Sra. Julia Arévalo de Roche y Dr. José P. Cardoso, constituyan una Comisión Ejecutiva que dé cumplimiento a esta resolución, reciba las adhesiones de otro miembros del Parlamento y pueda promover nuevas resoluciones de los firmados, convocándolos al efecto.

Montevideo, Septiembre 20 de 1944."

* * *

Cada vez es más vivo el sentimiento de solidaridad con la causa de la República, representada por la Junta Española de Liberación, que se observa en el Uruguay. Todos convenimos en apreciar que la acción que aquí se desarrolla, unida a la que se realiza en otros países americanos, puede contribuir de manera decisiva a la restauración de la República y a la liberación del pueblo español.—CORRESPONSAL.

España adentro

El fracaso de las clases medias directoras

La democracia ha sido —decimos "ha sido" porque en su forma puramente política pertenece al pasado— un régimen de clases medias. La historia de la democracia es la historia de las clases medias productoras e intelectuales. El régimen democrático —la monarquía constitucional y parlamentaria y la república de tipo burgués— arraigó allí donde una clase media independiente, ilustrada y liberal fué capaz de encargarse del poder y de dirigir los negocios. Fracasó, por el contrario, donde, como en España, no tuvo por instrumento una clase media inteligente y rica, sino una clase media pobre e ignorante, sometida en lo económico a una vida mezquina, y confinada en lo mental en los horizontes de nuestro clásico bachillerato.

Hay en la evolución política de España un momento en que parece que la clase media va a cumplir la misión histórica a que se sienten llamadas todas las clases medias de Europa. Cuando, por repercusión y contragolpe de los sucesos de fuera, se producen en España las primeras manifestaciones de la revolución, la clase media se dispone a conducirla marchando a su frente. Los constitucionales de 1812 —movimiento que nace entre la indiferencia e incomprensión casi absolutas del pueblo— son todos hombres representativos de la clase media ilustrada, a cuyo empeño generoso se unen algunos elementos de la nobleza. Los revolucionarios de 1820 son comerciantes, militares, propietarios, abogados, médicos. Durante algunos lustros, la clase media directora llena las sociedades patrióticas y los cuadros de la masonería, bulle en los cuartos de banderas y en los cenáculos literarios. Pero bien pronto se señala una desviación hacia el moderantismo, que ya apunta apenas triunfante la revolución. La clase media liberal es visiblemente una minoría y no logra consolidar las reformas políticas que implanta —podría decirse que casi siempre por sorpresa— con la ayuda del ejército. Y aún esta minoría no tarda en desaparecer, adaptándose, tanto por miseria económica como por penuria mental, a la corrupción política 'ambiente".

La clase media española ha evolucionado "al revés" que todas las clases medias europeas. De la clase media inglesa —industria, comercio, profesiones intelectuales— salió el fuerte liberalismo que sirvió de inspiración a toda la política social del Continente; de la clase media francesa salieron el radicalismo y los elementos directores —profesores, abogados, médicos— del socialismo; de la clase media española han salido el ciervismo y el maurismo de los "niños bien", primero, y después el falangismo. No hay nada en el mundo que se parezca a esta clase media española monárquica por cursilería, católica por cursilería, amiga de un orden que la mantiene en la abyección y conservadora de lo de los demás por cursilería. En vano se buscará en la vieja historia política española algo comparable a los "policías honorarios" de 1917. Cuando a Pérez del Alamo, perseguido por la sublevación de Loja, se le ocurre ir a presentarse al ministerio de la Gobernación, es el propio ministro quien le conduce a una escalera reservada para que se ponga en salvo. Topete, que conoce la trama del atentado contra don Amadeo y corre a prevenir al Presidente del Consejo, muere sin delatar a nadie. Esta "institución" moderna de los policías honorarios muestra un abismo de decadencia política. En otras épocas los grandes de España se alistaban en la Milicia Nacional. En 1820, entre los milicianos madrileños figuraban títulos de Castilla como Abrantes, como Arión, como Noblejas, como Miraflores, como Trías, como Pontejos, como Gar, como Floriblanca, como Clavijo . . .

Cuando se estudia la historia de la revolución española sorprende el número de apellidos hoy de significación ultraconservadora que figuran en sus anales. Uno de los precursores del republicanismo fué un turbulento prócer, el conde de las Navas. El jefe más antiguo del partido republicano fué otro noble, el marqués de Albaida. Nombres que han concluído por hacerse famosos en las luchas contra la libertad brillaron en otro tiempo en la acción revolucionaria. El general Echagüe de 1917 era hijo de aquel general Echagüe de 1868 que se sublevó contra Doña Isabel II. El apellido Primo de Rivera figura en el manifiesto de Cádiz de 19 de septiembre de 1868 al lado de los de Prim, Serrano, Topete, Nouvilas y Caballero de Rodas. El apellido Miláns del Bosch se hizo célebre en los movimientos revolucionarios de Cataluña. El marqués de Cerralbo, grande de España, era en 1820 un constitucional ardoroso. Hasta el apellido Zumalacárregui tiene, antes de la guerra civil de los siete años, un abolengo liberal.

Las clases directoras españolas, en vez de progresar, han retrocedido, han retrogradado. Han ido evolucionando hacia atrás. De aquí la tragedia de tantos movimientos liberales frustrados, que es la misma de la segunda República. La minoría inteligente, culta y liberal de 1931 fracasa como antes habían fracasado tantos hombres insignes de la cátedra, del ateneo, de las profesiones intelectuales. En las filas de donde partían los vítores al nuevo régimen se agazapaban los nuevos "niños bien", los futuros falangistas. En vano se ofrecía a una clase media reaccionaria lo que sólo el pueblo era capaz de comprender y amar, y de defender, llegado el momento del peligro, con las armas en la mano.

ALVARO DE ALBORNOZ

Muerte de un gran escritor

Rufino Blanco Fombona

En Buenos Aires, donde accidentalmente se encontraba desde una semana antes, ha muerto el gran escritor venezolano Rufino Blanco Fombona, tan fuertemente vinculado a la literatura y a la vida de España.

Rufino Blanco Fombona era uno de esos intelectuales americanos que, sin perder la raíz con la tierra nativa, se sienten plenamente españoles por temperamento, por formación cultural y por ascendencia histórica. En Blanco Fombona esas cualidades se daban de manera singularmente acusada. En España realizó la mayor y mejor parte de su obra literaria. Desde que salió de su país, huyendo de la dictadura bestial de Juan Vicente Gómez —*Juan Bisonte*, como lo llamaba él— España fué su lugar permanente de residencia. Allí escribió su apología de Bolívar, por cuya figura sentía hondísima devoción; sus novelas, llenas de vigor y originalidad; sus diatribas implacables contra el generalote profanador de Venezuela. Tareas todas ellas simultaneadas con sus colaboraciones periodísticas en los principales diarios y revistas de España. Era Blanco Fombona hombre de espíritu recio, impetuoso, dado frecuentemente a la violencia, pero siempre por causas generosas o por empresas que él reputaba justas. Sus inclinaciones políticas, siempre orientadas a la izquierda, le llevaron a ser en Venezuela un enemigo irreconciliable, de agresividad corrosiva, de Juan Vicente Gómez, y en España un alentador y defensor de la República, a la que sirvió incluso en puestos oficiales —fué gobernador de varias provincias— sin perder su nacionalidad venezolana. Por pensamiento y por instinto era fundamentalmente un rebelde incapaz de someterse a ningún régimen de opresión.

Deja Blanco Fombona una obra larga y rica en calidad, distribuida en más de medio centenar de volúmenes que abarcan la poesía, la novela, el ensayo, las narraciones de viajes y los estudios históricos. Y ha muerto trabajando. Aun alimentaba la ilusión de regresar a España cuando Franco —de otro modo no quería hacerlo— hubiera sido derrocado y la República restablecida. No ha querido el Destino que se cumpliera esa ilusión, hija del amor entrañable que por España sentía Blanco Fombona. Por eso, y por su espíritu liberal, recordaremos con gratitud al gran escritor desaparecido que fué también un gran amigo nuestro.

MARGEN

DESENGAÑESE USTED, SEÑOR MENDIZABAL...

Acabamos de leer un artículo de Don Alfredo Mendizábal, conservador, católico y refugiado. Para situar la figura daremos un par de detalles. Mendizábal era, en el Madrid de 1934, colaborador eminente de la revista "Cruz y Raya" que apareció, en su primer número, dedicada al Sr. Ruiz Senén, conocido agente de negocios de la Compañía de Jesús, nuestra dilecta amiga, y roñoso mecenas de cualquier empresa idónea con las venerables finanzas jesuitas. Recordamos algo más. Sobre la política española de la fecha mencionada, dicha revista, (que más tarde ha surtido de intelectuales al régimen franquista), tenía su opinión. Sostuvo que los socialistas españoles utilizaban el poder como una palanqueta o ganzúa. Elegante flor de antología que materializó el clima ético de la publicación. Descontamos la buena memoria del señor Mendizábal.

Por lo visto, éste forma ahora a nuestro lado. Enhorabuena. Debe subrayarse, empero un matiz: nosotros estamos a su lado de la misma manera en que, sobre la mesa que escribimos, hay cosas cercanas entre sí. No estamos con él, sino junto a él. Motivo: en 1944 nuestro lugar es, todavía, el de 1934; para él, en cambio, el lugar que ocupara en 1934, no es ya el de 1944. Tenemos que felicitarnos, ahora a nosotros mismos, no a él. El curso de las cosas aportó, para nosotros, una ratificación, un clavarnos verticalmente donde estuvimos una vez, y para él, quizá una ratificación. Decimos "quizá" por falta de seguridad acerca de que haya, en verdad, ocurrido. Que juzgue el lector por lo que sigue.

El señor Mendizábal expone, en el artículo precitado, que la monarquía no sería una solución para el problema político español. Justo. No lo ha sido nunca, ni siquiera cuando estuvo vigente. El autor analiza luego la presencia de la Iglesia católica en el sistema franquista. Observa más adelante que la actitud de la Iglesia española respecto del franquismo ha variado; ya no es la misma, dice, que era en 1936. Nosotros no hemos percibido esa diferencia de actitud; nos falta, sin duda, la materia prima en que pudiera encarnar, pues no somos católicos. Quien ha cambiado de actitud respecto de la Iglesia ha sido, en todo caso, el franquismo. La Iglesia española está donde estaba: en la tarea de convertir el Estado en una teocracia. Ahí, precisamente ahí, la Iglesia chocó con Falange; de resultas de la concurrencia en un mismo punto, Falange, (más débil,) sufrió cierta deformación, desviándose. Nuestra perspectiva del problema, según queda expuesta, puede comprobarse en cualquier momento. El señor Lequerica, señorito de Bilbao y ministro de Estado, no es falangista; es un peón de la Compañía de Jesús. Moraleja: la Iglesia no cambió de actitud respecto de Franco, sino Franco de la Iglesia. Tal para cual, señor Mendizábal.

Pero hay más en el artículo de este compatriota. Bastante importante. Encontramos una frase que, expresando el juicio retrospectivo del autor sobre las relaciones entre la Iglesia y la política republicana española, nos ha herido por injusta. Por falaz. Frase que ningún refugiado, aunque sea católico, puede pronunciar. Envuelve una atroz mentira. Pues lo ocurrido en España desde 1931 revela su cínica entraña embustera. La copiamos: "Por reacción contra el martirio de una zona, (la republicana,) la Iglesia había aceptado, en la otra, la sumisión a un sistema totalitario. ¿Martirio? ¡Mentira! Absolutamente mentira. Quien engendró la guerra civil española fué la Iglesia, no la República. Quien eligió el sistema totalitario en España fué la Iglesia, no la República. ¿Que lo aceptó? Otra mentira. También absoluta. La Iglesia española eligió, insistimos, el totalitarismo clerical. Desearíamos que el Sr Mendizábal probara su juicio. Nosotros probaríamos los nuestros con documentos de la propia Iglesia española o de sus indignos representantes. Cosas así tienen que respaldarse documentalmente. Omitir el respaldo de la prueba pertenece al estilo de nuestros enemigos.

Por lo demás, el señor Mendizábal ha olvidado la historia española de la Iglesia católica. Olvidó que el catolicismo se introdujo en España a la fuerza, imponiéndose desde arriba, por un golpe de Estado. Hay que tenerlo presente. Siempre. Pues de esa constelación arranca la inercia que empujara a la Iglesia española hasta el presente y cobró de ella, por sobre todo, su significación política permanente, sus principios de conducta. Sigue siendo la Iglesia del golpe de Estado, línea biológica y destino histórico. Desde aquél día, distante y actual, España ha sido martirizada por la Iglesia.

Los católicos pueden ignorar la Historia. La ignoran y tan contentos. El señor Mendizábal tiene que saberla.

F. Carmona NENCLARES